

# **2008**

## **Conferencia de la Biblia**

### **Monterrey, México**

**Maestros:**

**JW Luman**

**Secciones Uno y Dos**

**Rabon Byrd**

**Secciones Tres y Cuatro**

**Jimmy Ned Collins**

**Sección Cinco**

**John Kucera**

**Sección Seis**

## Sección 1

### 1. El Propósito Eterno de Dios (El Principio y el Fin) Parte Uno

Efesios 4:21, “...*si en verdad Le habéis oído, y habéis sido por Él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús.*” Pensemos en esto como una declaración que Pablo dijo a la iglesia. Esta declaración se reúne todo el entendimiento de Pablo acerca del conocimiento de Cristo. “...*si en verdad Le (habla de Cristo) habéis oído...*” Está escribiendo esta carta a la iglesia de Efeso. La iglesia de Efeso era una iglesia de los gentiles. No siguieron a Jesús por tres años y medio; no Lo conocieron en la carne. Es probable que nunca Lo vieron. Es cierto que nunca escucharon Su enseñanza. No existió así como una comunidad cristiana mientras Jesús caminaba en la tierra. Entonces, ¿Cómo “...*Le habéis oído...*”? ¿Cómo “...*habéis sido por Él enseñados...*”?

Fijen atención por favor. Este verso en todas traducciones significa exactamente lo que dice. “...*si en verdad Le habéis oído...*” (a Cristo). La cosa suprema en conocer a Cristo es oír a Él. No es tan necesario que escuches a mí así como un individuo, pero es absolutamente necesario que tú escuches a Él. Por tres años y medio Sus discípulos oyeron Su voz natural así como la voz de un hombre. Era el Hijo de Dios hablando, pero ellos oyeron la voz de un hombre. Cuando ustedes escuchan a mí, oyen la voz de un hombre; no importa lo que diga. Puedo decir la verdad, o puedo decir cosas falsas, pero oyen la voz de un hombre. Por tres años y medio Sus discípulos oyeron Su voz natural así como la voz de un hombre. ¿Entendemos eso? Sabemos que ellos no comprendían lo que Él dijo. Hablaba en parábolas, y las explicaba. Por fin, dijo, “Todas las cosas que les he dicho, van a comprender cuando el Espíritu de verdad venga.” Por oír Su voz natural, ellos no comprendieron.

Una vez Pedro se acercó el punto de comprender. ¿Recuerdan esa vez? Jesús les preguntó, “¿Quién dicen que soy Yo?” Pedro respondió, “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” Inmediatamente Jesús le dijo, “No te lo reveló carne ni sangre (habla aquí de Su carne y Su sangre). No viéndome, oyéndome, ni tocándome en la carne te ha revelado eso. Mi Padre te ha revelado eso.” Entonces hace otra declaración, “Esta es la forma en la cual Mi iglesia Me va a conocer. Mi Padre Me va a revelar. Eso va a ser el

cimiento, el entendimiento, la sabiduría, el conocimiento, la fe, sobre lo cual voy a edificaré Mi iglesia.”

El cimiento está puesto por Dios. Decimos, “Cristo es el cimiento; Cristo es el Hijo de Dios,” pero ¿cuál es nuestra comprensión cuando decimos eso? Cuando decimos que Cristo es el Hijo de Dios, ¿comprendemos que ese mismo Cristo (no un pensamiento o creencia acerca de Él) está en nosotros? Cuando decimos, “Cristo es el Hijo de Dios,” ¿decimos eso en una comprensión dada por el Espíritu que Él está en nosotros? No simplemente es el Hijo de Dios en algún sitio, sino está en nosotros. El Hijo de Dios no simplemente está en algún lugar. La cosa significativa es que Él está en nosotros. Creer el hecho que Jesús es el Hijo de Dios no es el cimiento de la salvación, y no es el cimiento de la iglesia. El cimiento es que nosotros comprendemos a Él donde Él está. Solamente podemos hacer eso cuando el Padre Lo revele en nosotros.

No podemos tocarlo con las manos; no podemos verlo con los ojos naturales; no podemos entenderlo con la mente de hombre. Cuando decimos, “Creo que Cristo es el cimiento de la iglesia,” ¿con qué clase de comprensión decimos eso? ¿Queremos decir que Cristo, dondequiera que esté, es la creencia básica de la iglesia? ¿Queremos decir que la creencia básica de la iglesia es que Cristo es el Hijo de Dios, y por lo tanto, eso es el cimiento? ¿Queremos decir que el cimiento es nuestra creencia que Cristo es el Hijo de Dios? La Escritura no enseña eso. El cimiento se realiza cuando el Padre revele a Su Hijo en nosotros. En la Escritura se llama “poner el cimiento.”

Cuando ustedes construyen un edificio aquí, primero, ponen la losa de cemento. Ponen un cimiento. Entonces sobre eso, construyen el resto del edificio. Cristo es el cimiento. Sí, es el Hijo de Dios, pero ¿qué es el significado de eso para nosotros? ¿El significado es que Él está en nosotros! De otra manera no tiene ningún significado. Él es el cimiento. Sí, Él es, pero Pablo dice que es más que simplemente ser un cimiento. Pablo dice, “Yo soy un perito arquitecto.” (I Corintios 3:10) ¿Cómo es un “perito arquitecto”? ¿Es porque diseñó o construyó un gran edificio? No, él no diseñó ni construyó un edificio. El diseño no pertenece a ti ni a mí ni a Pablo. El diseño pertenece a Dios. Es Su modelo, plan y propósito; y Él lo construye. Pablo dijo, “Yo soy un perito arquitecto” porque él puso solamente un cimiento. Él puso el cimiento. Pablo predicó la necesidad absoluta de que Cristo sea revelado en nosotros porque la revelación de Cristo es la actualización en nuestras almas de todo lo que Cristo es. No decía, “Él es el Hijo de Dios,” de afuera. Es el Hijo de Dios actualizado en nuestras almas.

**Esto es lo que Pablo predicó, y todos los apóstoles lo declararon en sus letras. En cada epístola a cada iglesia Pablo predicó esto, y siempre está en Capítulos 1-3. Eso es el porqué hasta que el Hijo de Dios sea revelado en nosotros, no tenemos ninguna capacidad de entenderlo y conocerlo. Esa capacidad se da cuando el Hijo esté revelado. Hasta que Cristo sea revelado en nosotros, no hay cimiento puesto en nuestras almas sobre el cual el Espíritu puede edificar o formar a Cristo. “...hasta que Cristo sea formado (bien concertado) en vosotros...” (Gálatas 4:19) Pero el Espíritu no puede comenzar formar la naturaleza, el carácter, o la substancia de Cristo en nuestras almas hasta que el Cimiento (Cristo revelado) sea puesto. El ponerse del cimiento es el revelarse del Hijo en el alma.**

**Los tipos de eso en el antiguo pacto son claros y sin reproche. Todo referente al edificar el templo por Salomón habla del poner del cimiento. Ese cimiento se cumple en Cristo. Hermanos y hermanas, si lo que se está siendo construido en nuestras almas y nuestros corazones es simplemente juntar creencias doctrinales, no va a funcionar. Si la sabiduría y el entendimiento que se están siendo construido en nosotros se basan en creencias doctrinales (por ejemplo, “Yo creo que Jesús es el Hijo de Dios.”), no podemos permanecer. Satanás también cree que Jesús es el Hijo de Dios. “Yo creo que la iglesia es el cuerpo de Cristo. Yo creo esto y aquello.” ¿Entienden? Si nuestra casa está construida con esas creencias, esos hechos y declaraciones verdaderas pero sin el cimiento, son como bloques de cemento construidos sobre nada. Pronto la tierra, la humanidad, en nuestra alma comienza mover, y la pared comienza agrietarse, y nuestras creencias no funcionan en ese terremoto. No hay cimiento. Podemos decir, “Yo creo que Jesús es el Hijo de Dios.” Eso no es un cimiento. El revelar del Hijo de Dios en nuestra alma es el cimiento. Todo tiene que ser construido sobre ese cimiento. Si no es así, solamente son cosas que son ciertas, cosas que tratamos de creer o hacer.**

**“...si en verdad Le hacéis oído, y habéis sido por Él enseñados conforme a la verdad que está en Jesús.” (Efesios 4:21) Jesús dice, “Yo soy la Verdad.” Cuando decimos que la verdad está en Jesús, no significa la misma cosa que las sillas están en este edificio. No, esta frase significa que la verdad es Jesús. No estamos hablando acerca de cosas ciertas que relacionan a Jesús. Estamos hablando de Jesús. Estamos hablando del “Yo soy.” Todo del plan y propósito eterno de Dios se basa y se revela en la Persona del “Yo soy.” El “Yo soy” nunca no es. Nunca hay un tiempo en que Jesús no es el eterno “Yo soy.” ¿Comprendemos? Pero yo tenía que hablar del “tiempo.” Teníamos**

que relacionar a Cristo por tiempo, pero el entendimiento verdadero del “Yo soy” es más allá que el tiempo. Es afuera del tiempo. El tiempo pasa, pero el “Yo soy” permanece. Aleluya. Es difícil decir claramente lo que quiero decir. No sé si puedo decirlo en español o inglés. Necesitamos pensar. El “Yo soy” nunca es y no puede ser otro que Él es. Él nunca no es. Él nunca no está aquí. Él es el cimiento. Él nunca no está aquí porque Él nunca no es. Todo, menos el “Yo soy,” en algún punto del tiempo no es. En algún punto del tiempo todo deja de ser. El “Yo soy” siempre es. Todo del plan eterno de Dios del principio al fin se establece, se realiza y se revela en el “Yo soy.” Él es el principio y el fin del plan.

*“...si en verdad Le habéis oído, y habéis sido por Él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús.”* (Efesios 4:21) ¿Qué significa eso para ti y mí? Puedes decir, “Pues, significa que he oído a ese Hermano predicando acerca de Jesús, y el Espíritu lo usó para hablar a mi corazón.” Tal vez es cierto. Espero que el Espíritu use algo que yo digo para hablar a sus corazones. Pero aquí Pablo no refiere a eso. Él dice, *“...si en verdad Le habéis oído...”* ¿Cómo es posible? ¿Cómo puedo oír a Él? Nuestra alma fue creada para oír esa voz. Hasta que nuestra alma escuche esa voz, nuestra alma es sorda y no puede escuchar. ¿Recuerdan cuando Jesús dijo estas cosas a los judíos? Dijo, *“Si alguno tiene oídos para oír, oiga.”* (Marcos 4:23) No está hablando de nuestro oído físico. Está hablando del oído del alma.

Estos judíos, este Israel natural, habían oído predicación por miles de años. Sus antepasados habían oído a Abraham y Moisés. Ellos habían oído a Isaías y Jeremías hablando; sin embargo, sus almas no habían oído ninguna Voz. Sus oídos naturales habían oído, y ellos no podían hacer lo que escuchaban. Escuchaban los profetas, pero pronto llegó Aquel de quien todos los profetas hablaron, y no podían oírlo. Por supuesto, oían el sonido de Su voz. Seguramente escuchaban a las palabras ordinarias del día que vinieron de Su boca, pero no podían oír a Él. Esto está escrito en la Biblia. Sus almas tampoco escuchaban. Escuchaban la Ley con los oídos no las almas. La obedecían por la pena de la muerte, pero tampoco podían obedecerla porque la Ley no fue dada para esa razón. La Ley no fue dada para enseñarnos como podemos ser justos; la Ley fue dada para enseñarnos que es imposible que seamos justos.

La Ley demandaba sacrificios porque no somos justos. Los judíos en el tiempo de Jesús trataban encontrar justicia en la Ley. De hecho, cambiaron la Ley según sus tradiciones para que podían encontrar una justicia en la Ley.

**Sin embargo, nada de eso funcionó. Jesús vino, y pronto la justicia de Dios apareció frente a ellos, pero no Lo podían oír. No podían verlo. Sin embargo, Pablo escribe a esta iglesia, “...si en verdad Le habéis oído...” Podemos decir, “ ...a menos que Lo oigan a Él.” El punto es que ellos no han aprendido a Cristo como otros gentiles aprenden cosas. Si ellos han oído a Él, no Lo han oído como otros gentiles oyen cosas. A menos que ellos Lo oigan a Él y a menos que sean enseñados por Él, no han oído nada ni han sido enseñados nada. El asunto en Efesios 4 es ser renovados en el espíritu de nuestras mentes. Eso no pasa solamente por escuchar las voces de mí o otra persona. Para ser renovados en el espíritu de nuestras mentes solamente sucede cuando oigamos a Él. Eso solamente sucede cuando hemos sido enseñados por Él.**

**Mi opinión personal es que si el propósito de todas las clases bíblicas, todos los servicios de la iglesia, todas las reuniones de creyentes dondequiera que se juntan no sea para oír a Él, es una pérdida de tiempo. Es peor que una pérdida de tiempo porque a lo mejor llega a ser carnalidad y a lo peor es un malentendido terrible. Si no nos juntamos para oírlo a Él, entonces ¿para qué nos juntamos? ¿A quién queremos escuchar? Si el propósito de tu enseñanza no es para que volvamos nuestros corazones para oír a Él, entonces ¿para qué enseñas? ¿Qué es lo que puedo decir que tiene más valor que tú oyendo a Él? Yo no puedo renovar el espíritu de tu mente, y lo importa es que tu mente este renovada. Cuando somos renovados en el espíritu de nuestras mentes, nos despojamos del viejo hombre y nos vestimos del nuevo Hombre. Eso no ocurre gracias a la esfuerza de nuestra carne. Eso es un resultado de ser renovados en el espíritu de nuestras mentes. Lo único que va a renovar el espíritu de nuestras mentes es oírlo y verlo a Él y ser enseñados por Él. Eso solamente sucede y solamente puede suceder por el Padre revelando a ese Hijo, que es el “Yo soy” del Padre, en nosotros porque ese Hijo es el único y suficiente Palabra viva de Dios.**

**Ese Hijo es la Palabra del nuevo pacto. Él es el conocimiento, el entendimiento y la sabiduría porque es la substancia del nuevo pacto. ¡Qué gran pacto! El nuevo pacto no es instrucciones dadas por Dios; es Dios revelando a Su Hijo, Su Palabra, en nosotros. Cuando Dios revela al Hijo, oímos a Su voz porque Él es la voz de Dios. Eso es la manera en la cual Él habla. Este Dios en otro tiempo hablaba a los padres por los profetas; ahora ha hablado en Hijo. Nuestras almas esperan oír esa Voz. De eso habla el Cantar de los Cantares, oyendo Su voz, mirando a Él. Eso transforma nuestra alma; eso es lo que nuestra alma busca. El espíritu de nuestras mentes, el corazón de nuestro corazón, fue creado para Uno y solamente Uno.**

**Solamente Él puede satisfacer nuestra alma. Mi corazón quiere conocer, oír y ser enseñado por ese Uno porque en Él hay sabiduría que mi corazón busca. Hay entendimiento y conocimiento para que nuestro corazón fue creado por Dios. Hasta que Él ocupe nuestro corazón y se revele, nuestro corazón está vacío. Nuestro corazón anhela sabiduría, entendimiento y conocimiento. Algo muy profundo en mi corazón que no puedo explicar continua decir, “¡Tiene que ser algo más!” De eso estoy hablando. Estoy hablando de ese “algo más.” Estoy hablando de oír a Él. Estoy hablando de Dios revelando a Su Hijo en nosotros. El Hijo está en nosotros para ser revelado y para tomar posesión. Él ocupa el espíritu de nuestras mentes. Hasta que Él sea revelado, no puede tomar posesión de nuestras mentes.**

***“...si en verdad Le habéis oído, y habéis sido por Él enseñados...”* porque la verdad es Él. Si el Hijo nos libera, vamos a despojar de lo viejo, y vamos a vestirnos con el Nuevo Hombre. El espíritu de nuestra mente va a ser renovado. El Padre pone el cimiento, y el Padre construye el edificio por traer en ese cimiento la plenitud del Señor Jesús porque es Cristo quien es construido en el cimiento. Es Cristo todo y en todo. Esas son palabras amables, pero hasta que Él sea revelado en nosotros, son solamente palabras. Entonces convirtamos nuestros corazones para ver a Él. No estoy hablando de llegar a ser teólogos. Estoy hablando de ver nuestra salvación cara a cara y llegar a comprender y ser comprendidos por el “Yo soy que Yo soy.”**

## 2. El Propósito Eterno de Dios (El Principio y el Fin) Parte Dos

El diagrama que estamos usando es una referencia al plan y propósito eterno de Dios. En nuestra introducción establecimos solo una cosa. Dios el Padre habla en Su Hijo. Nosotros podemos oír la voz de Dios cuando el Hijo esté revelado en nosotros porque en realidad el Hijo es la misma voz de Dios. Dios ha hablado en Hijo. ¿Han leído eso en Hebreos? (Hebreos 1:2) Dios ha hablado en Hijo. El escritor de Hebreos hace un gran contraste. Dice, “Esto es como Dios habló en tiempos pasados. Habló por los profetas a nuestros padres. Moisés era un profeta, y hasta Abraham era un profeta. Habló a través de los profetas a nuestros padres. En contraste, al final de esa era, ese tiempo, ese pacto, Él ha hablado en una manera más perfecta. Él ha hablado en Hijo.”

Ustedes saben que Jeremías escribió de ese tipo de comunicación en Capítulo 31. Dios habla a través del profeta, *“He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron Mi pacto, aunque fui Yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré Mi Ley en Su mente, y la escribiré en su corazón; y Yo seré a ellos por Dios, y ellos Me serán por pueblo.”* ¿Cómo dio Dios el primer pacto? Dio a través de la boca de Moisés y Aarón. Fue escrito en piedra y entonces en pergamino. Moisés era el mediador de ese pacto. Moisés era el mediador entre el pueblo de Dios y Dios. Dios dijo a través de Jeremías, “Hay un día en el futuro en que no habrá un hombre entre Mi pueblo y Mí. Escribiré Mi Palabra en ellos; La grabaré en sus corazones.” ¿Cómo? “Les daré un Espíritu Nuevo.” Jesús dijo, “Cuando Él, el Espíritu de verdad, venga, Él hablará de Mí. Él Me revelará; Me glorificará.”

¿Qué hace realmente el Espíritu de Verdad? ¿Cómo habla de Cristo? Pablo lo reúne en una definición; él dice, *“...cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por Su gracia, revelar a Su Hijo en mí...”* (Gálatas 1:15-16) Quiero que ustedes entiendan que esta es Su buena



voluntad; esta es la única cosa que complace al Padre. Una cosa complace al Padre. Solamente hay una cosa que Él hace y dice, “Estoy contento en hacer este; este es Mi placer.”

¿Han leído en Hebreos 10 donde el escritor habla de algo que está escrito de Cristo? El Espíritu de Cristo está diciendo estas palabras, “Las ofrendas, sacrificios, y ofrendas quemadas de animales no Te placieron; no Te satisficieron. En el rollo del libro está escrito de Mí. He aquí que vengo, oh Dios, para hacer Tu voluntad. No ofrezco más sacrificios o más ofrendas quemadas, pero Me has preparado un cuerpo. Vengo, oh Dios, para hacer Tu voluntad; quito lo primero para establecer esto último.” Dije eso para una razón. Nada que se encuentra en los tipos y sombras del antiguo pacto satisfizo a Dios. Aunque los tipos y sombras eran de Cristo, Dios no encontró placer en ellos. Este es el que dijo, “Toma un cordero; pon la sangre en la puerta.” Sin embargo, cuando ellos lo hicieron, Él no encontraba placer. Él honró lo que hicieron; honró su obediencia, pero Dios Mismo no encontró placer en la sangre de un cordero o cualquier animal. Eso es lo que dice Hebreos. En todas los miles de ofrendas quemadas que fueron ofrecidas por Aarón y sus hijos y hasta por Salomón, Hebreos 10:8 dice que a Dios no Le agradaron. Este es el punto: Dios está satisfecho en Su Hijo, y eso es todo.

Podemos ofrecer todos los sacrificios que queremos (sacrificios modernos). Dios no encuentra placer en eso. Dios tiene complacencia en Su Hijo, y eso es todo. Entonces Pablo dijo en Gálatas 1:15-16, “...agradó a Dios...revelar a Su Hijo en mí...” Pablo está diciendo la misma cosa tal como Dios ha hablado en Hijo. ¿Por qué? ¿Porque la Palabra viviente de Dios, la Palabra perfecta de Dios y la Palabra completa de Dios es Cristo! Queremos pensar que la Palabra de Dios es acerca de Cristo. No, la Escritura dada por Dios es acerca de Cristo; la Palabra de Dios es Cristo. La primera es letra; la otra es Espíritu. La primera, la Escritura, puede retarnos. La otra, la Palabra viviente nos cambia. La primera testifica de la otra. De hecho, son inseparables hasta la mente del hombre las consiga.

La mente del hombre separa la Escritura de Cristo. Decimos que la Escritura enseña muchísimas cosas. Sí, la Escritura dice muchas cosas, pero en todo lo que la Escritura dice, enseña a Cristo y solamente Cristo. ¿Enseña la Escritura la salvación? Es cumplida en Cristo. Habla de Cristo. ¿Liberación? Testifica de Cristo. ¿Perdón? Testifica de Cristo. ¿Amor? Testifica de Cristo. La Escritura dice muchas cosas, pero en todo lo que dice, habla solamente de Uno. Se cumple solamente en Uno. “*Escudriñad las*

***Escrituras...ellas son las que dan testimonio de Mí...*** (Juan 5:39) Nunca debe haber una separación entre lo que es escrito de lo que es viviente. Nunca debe haber esa separación, pero desafortunadamente, había sido esa separación en la mente natural del hombre. De cierto, no hay separación en la mente de Dios.

Por eso, todo lo que Dios ha dicho por los profetas, los padres y las Escrituras, Él lo ha cumplido perfectamente y hablado perfectamente en la Palabra viviente. Dios ha hablado en Hijo. Ahora, ¿debemos tirar las Escrituras? ¡No! Vamos allí para ver al Uno porque la Escritura testifica de “el Uno.” Dios ha hablado en ese Uno, esa Palabra viviente de quien todas las Escrituras hablan. Solamente la Palabra viviente transforma nuestras almas porque esa Palabra es Espíritu; esa Palabra es Verdad; esa Palabra es el Cristo viviente de Dios. Dios es invisible; ese Dios invisible es revelado en el Hijo que mora en nosotros. Dios habla en Hijo. De esto hablo. Excepto la Palabra de Dios sea revelado en nosotros, ¿cómo podemos verdaderamente conocer el corazón de Dios? La revelación de esa Palabra es la obra del Espíritu.

Ahora, quiero hablar con ustedes acerca de ese plan eterno y propósito de Dios. Quiero establecer que hay un propósito de Dios. Dios no está inventando esto como va adelante. Todo lo que ha hecho en Cristo y todo lo que hace por Su Espíritu en nosotros es según un plan y un propósito que Él ha determinado de antes la fundación del mundo en Su Hijo. Si Cristo es la Palabra, Entendimiento y Luz del nuevo pacto; entonces Cristo es la Palabra de todo del plan y propósito de Dios. No se puede entender excepto por su relación al Hijo. No podemos entender propósito, hermanos, excepto por su relación al Hijo.

La humanidad ha inventado muchos propósitos; sin embargo, Dios solamente tiene uno. Tarde o temprano el Espíritu Santo va a presionarnos hasta el propósito de Dios. Tarde o temprano el Espíritu Santo va a confrontarnos con la pregunta, “¿Por qué eres nacido de nuevo?” Tú vas a preguntar, “Soy nacido de nuevo, pero ¿para qué propósito?” Si no encuentras ese propósito en Cristo, vas a tratar de encontrar ese propósito en hacer cosas, obras y actividades “cristianas.” Vas a tratar encontrar ese propósito en ser un predicador. Sin embargo, todos no son predicadores. Vas a tratar encontrar ese propósito en ser un maestro, pero todos no son maestros. Vas a tratar encontrar el propósito de Dios en ser un misionero, pero todos no son misioneros.

Ahora en la verdad absoluta del asunto, todos son predicadores, maestros y misioneros. Sin embargo, yo estoy hablando de predicando como una cosa. Todos no predicán. Por eso, el propósito eterno de Dios no se encuentra en lo que hacemos para Dios. No encuentro propósito en ser un predicador o maestro. Además, si tratamos encontrar el propósito de Dios en hacer algo para el Señor, aun algo que el Señor quiere que hagamos, pronto vamos a cansar. Podemos continuar en hacerlo, pero vamos a cansar de vestir “la cara,” el disfraz. Tú eres el predicador en el edificio; entonces sales del edificio, y no hay nadie a quien puede predicar, y preguntas, “¿Ahora, qué soy yo? ¿Qué significa todo esto? ¿Qué estoy haciendo aquí en la escuela bíblica? ¿Qué estoy haciendo en la iglesia?” Pues, hay una mejor pregunta que esas, “¿Por qué estoy en Cristo en una nueva Creación?” ¿Qué es el propósito? Nuestras almas desean propósito, no solamente la oportunidad para hacer algo sino el propósito para hacerlo. Les digo que la humanidad y aun cristianos establecen muchos propósitos falsos, y entonces cumplimos ese propósito. Entonces, ¿qué? Tú dices, “Mi propósito es establecer una iglesia.” Entonces estableces una iglesia. Ahora, ¿qué? Decimos y predicamos a la gente que el propósito de Dios es para que sean salvos. Decimos, “Vengan a este altar y sean salvos.” Ellos vienen al altar y son salvos. Cuando yo tenía seis años, fui al altar y fui salvo. Supe que algo había ocurrido. Yo no sabía lo que había ocurrido, pero sabía cuando lo ocurrió. No comprendí que Cristo estaba en mí porque el predicador me dijo que mis pecados fueron perdonados y eso fue todo.

Dios sabía lo que ocurrió. No solamente perdonó mis pecados. Él hizo mucho más. Su mismo Hijo, el mismo Espíritu de Cristo fue impartido en mí. Fui nacido de arriba. Nadie me dijo eso, pero eso es lo que pasó. Yo sé cuando eso ocurrió, aun si no comprendía lo que ocurrió. Sin embargo, vino un tiempo que porque yo era salvo (nacido de nuevo) y porque esa salvación era mucho más que yo aprendía (pero no más que Dios aprendía), yo fui confrontado con Su gran salvación. Dios en el principio (diagrama) había planeado y había propuesto esa salvación. Planeó y propuso la salvación aquí (diagrama) según Su deseo, no según mi necesidad abajo aquí en pecado (diagrama). La salvación satisfizo mi necesidad en pecado, pero fue más allá que yo porque todo del plan eterno y propósito de Dios no giraban alrededor pecado. El plan eterno y propósito de Dios existía en el principio antes de hubo una creación, antes del hombre y antes de hubo una caída de gracia. El plan de Dios fue antes de todo eso.

**El plan de Dios responde al asunto de pecado. Satisface esa necesidad, pero va más allá que eso. La salvación, como Dios la entiende, nos trae arriba dentro de Cristo Mismo. ¿Por qué? Porque Cristo es el principio y el fin del plan eterno y propósito de Dios. Cristo satisface muchas necesidades, pero el propósito de Dios no se encuentra en satisfacer las necesidades relacionando a pecado. Dios satisface esas necesidades. El Cordero es inmolado; el perdón es dado; la gracia es extendida. Todo eso tiene un propósito más allá que satisfacer necesidades. Ese propósito de Dios fue determinado en el principio. Ese propósito se cumple en Cristo quien dice en Apocalipsis 1:8, “*Yo soy el ... principio y fin...*” Consecuentemente, la salvación es más que el perdón de pecado; sin embargo, ciertamente satisface esa necesidad. Tarde o temprano, tu alma vas a preguntar, “¿Por qué soy nacido de nuevo?” ¿Por qué diría eso tu alma? Porque el Espíritu de Dios, el Espíritu de Cristo, habita en ti si lo comprendas completamente o no. Si entendemos la que es la salvación o no entendemos, Dios la entiende. Si entendemos que el Hijo viviente de Dios vive en nosotros o no entendemos, el Padre lo entiende.**

**A pesar de nuestro entendimiento, el Espíritu de Dios continuamente trata con nuestras almas no solamente para las necesidades de pecado sino para la realidad de salvación más allá que pecado. Él va a tratar con nuestras almas con respecto a comprender comunión, relación y unión con el Padre. A eso refiero cuando digo, “más allá que pecado.” Él no siempre va a tratar con nosotros como pecadores. A un punto en tiempo, el Padre quiere tratar con nosotros como hijos. La única manera en que puede hacer eso es por revelando a Su Hijo en nosotros porque aunque Cristo es Salvador, Cristo es Hijo. El Hijo llegó a ser nuestro Salvador, pero Él no dejó de ser el Hijo cuando llegó a ser nuestro Salvador. Por eso, nuestra relación con Él ciertamente es como Salvador, pero más que eso, nuestra relación con Él es como Hijo. El Salvador, quien es el Hijo, vive en nosotros.**

**Antes de era Salvador, era Hijo. Es eternamente el Hijo de Dios. ¡Él nunca no será el Hijo de Dios! Tarde o temprano el Espíritu Santo va a tratar con nuestras almas basado en quien es Él, no solamente que Él hizo. Lo que Él ha hecho ha hecho totalmente y completamente, pero quien es Él es eterno. Siempre estamos aprendiendo quien es Él. Nuestras almas están siendo conformadas no a lo que Él hizo sino a quien es Él. ¿Qué es lo que Él hizo? Quitó el primero. (Hebreos 10:9) No simplemente perdonó a Adán; trajo a Adán a la cruz. Trajo todo a la cruz que no alcanza la gloria de Dios. (Romanos 3:23) Miren este diagrama. ¿Dónde está la gloria de Dios? La gloria de Dios está en el principio y está en el fin. La pregunta es ¿qué es el**

principio, y qué es el fin? La respuesta es simple. Quitamos la palabra “qué” y ponemos la palabra “quién.” ¿Quién es el principio; quién es el fin?

“Yo soy el principio; Yo soy el fin.” (Apocalipsis 1:8) “ Yo soy la gloria de Mi Padre.” Aleluya. No alcanzar la gloria de Dios es no alcanzar a Cristo. El hombre cayó dentro de las tinieblas. No alcanzó a Cristo. ¿Cuál es la respuesta para eso? ¿Solamente perdonó Dios al hombre por caer? Bueno, ¿pero con qué trata ese perdón? ¿Solamente dice Dios, “Te perdono; vete; desde ahora no peques más. Tal vez vas a alcanzar a la gloria esta vez.” Decimos que eso es tonto, pero eso es lo que es la religión secular. Eso es lo que se enseña para salvación. Básicamente, en los corazones y mentes del hombre, la cruz ha sido reducida a un tiempo y un lugar donde Adán dice, “Lo siento,” y Dios le dijo a Adán, “Te perdono.” Eso no es cierto. La cruz es donde Cristo murió. Vamos a pensar. “¿Qué Mi pueblo piense!” El hombre pecó; el hombre cayó; así que, Dios mató a Su Hijo. ¿Tiene sentido eso? Tiene que haber una razón; tiene que haber un propósito.

Esa razón y ese propósito incluyen al hombre, pero tienen que pasar más allá que el hombre. Dios tiene un propósito para el hombre que solamente se puede encontrar en Su Hijo. La cruz es por traer al hombre a ese propósito, a ese Hijo. La cruz no es solamente para perdonar sus pecados. Hay mucho más que eso. ¿Cómo es que el hombre viene a ese fin, ese Hijo? Viene allí por la cruz. ¿Qué significa la cruz para el hombre? Para el hombre la cruz es exactamente lo que fue para Cristo. Es muerte. La muerte que Cristo murió es la muerte del hombre. Cristo se hizo hombre. No se hizo hombre y murió para que el hombre no tuviera que morir. Se hizo hombre y murió para que, a través de Él, el hombre pudiera morir. ¿Comprenden eso? ¿Cómo es que el hombre puede estar muerto al pecado cuando esté en pecado? El hombre no puede por sus esfuerzos se hace muerto a la cosa que lo cautiva. Si el hombre murió en pecado, todavía está en pecado. Alguien tenía que morir una muerte a el pecado que el hombre no podía hacer. Cristo murió esa muerte, pero Su muerte no era para que nosotros no tuviéramos que morir.

Cristo murió para que pudiéramos morir, para que pudiéramos tener Su muerte, para que pudiéramos tomar Su muerte porque, de hecho, Su muerte es nuestra. Cuando Cristo murió, todos nosotros morimos con Él. No escapamos nada. Por la gracia de Dios, Dios presentó a Su Hijo como el Camino para nuestra muerte para que por Él nosotros podamos ser muertos al pecado y al mismo tiempo vivos para Dios por Cristo Jesús, nuestro Señor. Hermanos, no podemos morir por nosotros mismos; no podemos vivir por

**nosotros mismos. Somos muertos al pecado por Cristo; somos vivos para Dios por Cristo. El propósito de Dios no se detiene con nuestra muerte; continua ser realizado en Su vida.**

**La salvación es más que el perdón de pecados. La salvación es más que estar muerto al pecado. La salvación en su plenitud se realiza en Cristo Mismo. ¿Qué es lo que hizo la cruz? “Vengo para quitar lo primero...” (Hebreos 10:9) Se quita completamente el primer hombre. La palabra griega para “quitar” es “quitar con violencia.” Es un acto violento. ¿Dónde estaba eso? En la cruz. La muerte de Cristo era una muerte violenta, no solamente por los clavos y porque Lo trataron mal. Era violenta porque en Él la raza humana estaba muriendo. Dios trajo a la humanidad al juicio para que por ese mismo Cristo, la gracia pudiera ser ofrecida. La humana raza no escapó Su muerte. “Vengo para quitar lo primero...” Él hizo eso en Su propio cuerpo, Su propio ser. Él, como la humanidad, murió para que la humanidad por Él pudiera vivir.**

**La salvación es Cristo viviendo en nosotros. Pablo dice en Gálatas 2:20, “Con Cristo (yo) estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...” “La vida es Cristo Mismo viviendo en mí.” Amados, nuestro corazón tiene que llegar a este reconocimiento. Como un niño, mi religión me dijo, “Tienes que reconocer que Jesús ha perdonado tus pecados.” Yo reconocí eso. Él había perdonado mis pecados, pero ¿cómo los había perdonado? Nadie me había dicho cómo. Me dejaron pensar, “Mis pecados son perdonados, y ahora, tengo que vivir esta vida.” Me dijeron como pude hacerlo, “Tienes que orar 15 minutos cada día; tienes que leer un capítulo en la Biblia cada día; tienes que ir a la iglesia los miércoles en la noche y los domingos en la mañana y la noche. Tienes que hacer esto y esto y esto.” Ellos me dijeron, “Eso es lo que significa ser un cristiano.” No hay nada mal con esas cosas, pero eso no es lo que significa ser un cristiano. La salvación no es esa. Entonces cuando yo era mayor, la organización (iglesia) de que yo era una parte, añadió a mi salvación. Desafortunadamente, lo que añadió no era Cristo. Desafortunadamente, ellos no declararon la realidad de Cristo, el Cristo que mora en nosotros. Añadieron otras cosas que yo pude hacer para ser un “cristiano mejor.”**

**Me dieron, “Tienes que vestirte de otra manera. Vístete con esto; no te vistas con eso. No te vayas allí. vete aquí.” Tal vez no hay nada mal con todo de eso, pero no me hizo un mejor cristiano. No encontré propósito en esas cosas. Encontré frustración, confusión, enojo y asco porque sabía que mi alma**

todavía estaba diciendo, “¿De qué se trata todo de esto?” Sabía que nació de nuevo, pero todavía tuve la pregunta, “¿De qué se trata todo de esto? ¿No me digan en serio que todo se trata con venir a esta iglesia todos los domingos y escuchar este hombre! Voy a venir, pero ¿es eso todo?”

Después de eso, me hice un predicador y fui a su colegio bíblico, pero la pregunta nunca fue contestada. La pregunta estaba en mi alma, “¿De qué se trata todo de esto? ¡Oh, Señor, seguramente hay más a Su salvación que yo! Seguramente Su salvación es más que yo sea salvo. Seguramente la salvación es más que yo sea perdonado. No dudo perdón, pero, mi Señor, todo de eso se basa en pecado. Me perdonaste de mis pecados; ¿ya es todo? ¿No hay una realización de la salvación que no se basa en lo que yo era? ¿No hay nada más a la salvación que yo tratando de ser mejor?”

Esa fue mi dilema. Yo estaba predicando a la gente; yo era un evangelista. Todo del tiempo la cuestión estaba en mi corazón, “Oh, Dios, tiene que haber algo más a la salvación.” Muchas personas vinieron al altar. Lloraron, recibieron al Señor y hablaron en lenguas. Yo sabía que nada de eso era el propósito. Sabía que todo eso era de acuerdo al propósito de Dios. Hablaba en lenguas desde que tenía seis años; así que yo sabía que hablar en lenguas no era el propósito. Tenía que haber algo más que eso. En frustración y confusión yo dije, “No voy a predicar más. De todos modos no sé nada de que hablo. Estoy llevando a todas estas personas en el mismo camino. No he encontrado nada allí; ¿por qué estoy llevando a ellos allí?”

No me entiendan mal. Yo sabía que era salvo, pero no comprendió lo que significa. Yo no pude ir más allá que ser perdonado de mis pecados, hablar en lenguas y ser sanado de vez en cuando. “¿Dios, ya es todo?” Entonces, dejé de predicar y empecé trabajar por mi hermano como un mecánico. Todas las noches iba al otro lado de la calle a una iglesia. Tuve la llave al cuarto de oración. Me acostaba con mi cara en el suelo y gritaba a Dios, “Oh, Dios, seguramente hay algo más a la salvación que esto. Seguramente hay una salvación que no entiendo porque tiene que haber más que esto.” No sabía lo que debía orar. Solamente oraba en mi frustración. Eso duró once meses. Trabajé por mi hermano durante el día, y cada noche estaba en ese cuarto de oración. Un día alguien vino y me dio una revista pequeña. Leí un artículo en esa revista. Era acerca de Pablo y su revelación de Jesucristo. El autor hablaba acerca de Cristo ser revelado en nosotros, ¡y mi alma por ver vivía! Estudié ese artículo; lloré sobre ello; froté mi mano sobre las palabras; lo besé. Me alegré para ver ese artículo que trajo salvación más allá que yo. Vi

que salvación tiene una realidad viviente ahora. Cristo no estaba allá en otro lugar; estaba en mí. ¡En mí!

A causa de ese artículo, fui a una conferencia donde Cristo fue predicado. El hombre hablaba de los epístolas de Pablo (lo mismo que ustedes están oyendo en esta conferencia) y Cristo revelado en nosotros. Otra vez fui al cuarto de oración con mi Biblia. Determiné, “No voy a salir de aquí hasta que vea a Jesús. Padre Dios, no voy a salir de aquí. Si tiene algo de Tu Hijo siendo en mí, si este es el entendimiento de salvación para que mi alma tiene hambre, ¡no voy a salir de aquí hasta que yo vea a Él!” Dios reveló a Su Hijo en mí. No se apareció como una visión caminando en el cuarto. Los ojos de mi entendimiento, los ojos de mi alma, fueron alumbrados. Escuchen; ¡Cristo está en ustedes ahora; Él está en mí ahora! Los ojos naturales no pueden verlo, pero los ojos de nuestro entendimiento pueden verlo. Es mi alma que quiere verlo; es mi alma que quiere oírlo. En Efesios 4:21, Pablo habla del oír de nuestra alma cuando dice, “...*si en verdad Le habéis oído...*” Es mi alma. Dios abrió los ojos de mi alma, y yo vi al Señor. ¡Vi al Señor!

En mi alma yo caí a Sus pies. Entendí lo que significa ser muerto y que solamente Cristo es mi vida. Me quedé en ese cuarto hasta la mañana. No me salí como un teólogo o maestro. Me salí así como un creyente que entendió una sola cosa, “Estoy tan muerto como la cruz puede hacerme, y Cristo es mi Vida.” Salí con el entendimiento, “No es yo; es Cristo. La salvación no realmente es yo viviendo; es Cristo viviendo en mí. ¡Él es mi vida!”

¿Qué es lo que vi? Vi a mi Vida; vi a mi Vida cara a cara, y Su nombre era Jesús. ¡Aleluya! Pasé toda la noche caminando en “las calles de gloria.” Vi al Señor; vi el fin y el principio y la consumación. Vi al Señor. Desde ese momento, he sido aprendiendo a Él, pero comenzó cuando yo vi a Él. Dios Lo reveló, y continua revelarlo. No pasa un día que yo, por la gracia de Dios, no veo ese mismo Jesús. Eso es lo que quiero decir cuando digo, “Él, el ‘Yo soy,’ nunca no es.” Siempre está aquí. Estoy aprendiendo a Él; estoy creciendo en Él, pero comenzó con verlo a Él. Cuando vemos a Él, caminamos en la Luz como Él está en la Luz. El Libro es vivo porque cada palabra testifica del Viviente.

¿Tiramos el Libro? ¡De ninguna manera! Lo leo; amo el testimonio porque he visto a “el Uno.” He visto a Él de quien toda la Escritura habla. Ese es el Cristo que presentamos a ustedes. Ese es el Cristo que está en nosotros. Él es la respuesta no solamente para el pecado; Él es la respuesta a cada pregunta



**en nuestra alma. Él es la respuesta a propósito porque está en Él donde Dios revela propósito. Tenemos que traer esto del reino de teoría dentro de nuestros corazones donde el Señor vive y donde está revelado. La revelación es para la transformación del hombre interior, nuestra alma, para que podamos sobrellevar a Su imagen internamente y externamente vivir como Su propio cuerpo.**

### 3. La Visión Celestial (La Necesidad de Vista Espiritual) Parte Uno

Recientemente he sido estudiando la visión celestial. En este diagrama tenemos la cruz, y arriba de la cruz, tenemos las palabras “La Visión Celestial.” La visión celestial no es algo que Dios nos da. La visión celestial es la Persona de Cristo en nosotros, viendo a Él como la substancia de todas las cosas. Cristo es la visión de Dios. Dios no tiene otra visión. Dios no tiene otra vista. Él ve a Su Hijo y desea que nosotros veamos a ese Hijo. Él no está lejos de nosotros, y nosotros no estamos lejos de Él. Ese Hijo habita en nuestros corazones.

Pablo escribía a las iglesias, a ellos que estaban en Cristo. Hablaba a ellos que habían nacidos de nuevo. Vamos a ver algunas de sus cartas en el Nuevo Testamento. Pablo realizó que porque habían nacidos de nuevo, necesitaban ver a Cristo. Ni Pablo ni yo estoy cuestionando que alguien es nacido de nuevo. Pablo no cuestionó que ellos eran nacidos de nuevo. Aunque estaba avergonzado y molesto con los gálatas, no dudó su salvación. Sabía que tenían una necesidad. ¿Cuál es esa necesidad? ¿Qué es lo que tenemos que tener como creyentes? Sabemos que nacimos de nuevo, pero mi pregunta es ¿hemos visto la salvación que tenemos? ¿Ha sido revelada esa salvación que está en nosotros? Jesús dijo a Nicodemo, “...*el que no naciere de nuevo, no puede ver...*” (Juan 3:3) Hay un elemento de ver en ser nacido de nuevo. Si somos nacidos de nuevo, necesitamos ver.

En el diagrama hay las palabras “arriba” y “abajo.” Miremos a Juan 8:23 donde traemos las palabras en contexto. “*Y les dijo: Vosotros sois de abajo, Yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, Yo no soy de este mundo.*” Jesús dijo, “Ustedes son de abajo; Yo soy de arriba.” Él no está hablando de locaciones. No está diciendo, “Yo soy de allá; ustedes son de acá.” Podía haber dicho, “Yo soy Luz; ustedes son oscuridad. Yo soy incorruptible; ustedes son corruptibles. Yo soy la Verdad; ustedes son la mentira.” Está describiendo una diferencia aquí. Jesús está mostrando que Él es completamente “otro” que el hombre. No está diciendo, “Reunamos y hagamos algo del hombre.” Está diciendo, “O vivo Yo, o viven ustedes. Yo existe, o ustedes existen.” Este es el entendimiento de “arriba” y “abajo.”

Está contrastando Su naturaleza con la naturaleza del hombre. “Arriba” está Cristo y solamente Cristo. Cristo es la substancia de toda la plenitud espiritual. “Abajo” está el hombre. Estos son dos entendimientos, dos visiones. “Abajo” el hombre es ignorante de esta realidad. Está tratando tener la plenitud espiritual por obras, ejercicios y actividades religiosas. Es nacido de nuevo, es salvo, pero no ha visto a su salvación. Esta es la necesidad: que la salvación que existe ahora en nosotros sea revelada en nosotros. La revelación de Cristo es esencial para que conozcamos nuestra salvación. Entonces, esta es mi pregunta, “¿Hemos visto la salvación de Dios?”

Vamos a ver al versículo que usa el término “la visión celestial.” Quiero mostrarles que es esta visión. Es lo mismo hoy así como cuando Pablo la describió; Dios solamente tiene una visión. Esta es la visión que Pablo declaraba. Esta es la única vista que Pablo tenía. Dijo a los corintios en 1 Corintios 2:2, “*Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a Este crucificado.*” Cristo era su vista; Cristo era la única visión que Pablo tenía. En Hechos 26:15-19, Pablo está diciendo lo que le pasó en el camino a Damasco cuando el Señor le apareció. “*Yo entonces dije: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que Me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en Mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados. Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial...*” Aquí vemos la visión celestial. El Señor dice, “*...para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que Me apareceré a ti...*” No dio a Pablo una visión para un ministerio mundial. No dio a Pablo una gran visión detallada para el mundo. El Señor Mismo apareció; el Señor Mismo fue revelado. Esta es la visión que debemos tener.

¿Cómo es posible? Dios revela a Su Hijo en nosotros. Él no revela cosas, aun espirituales. Él revela a Su Hijo quien está en nosotros y es la substancia de todas las cosas. Esa es la visión celestial de Dios. Si no tenemos esa visión, moramos abajo en nuestros corazones sin comprensión. Tratamos de lograr lo que Cristo ya es en nosotros. Tratamos de lograr la justicia, pero Cristo en nosotros es nuestra justicia. Tratamos de lograr la santidad, pero Cristo es nuestra santidad. Debemos verlo; Él debe ser revelado.

Con eso en mente, vamos a leer Hebreos 3:1, *“Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús...”* Debemos entender a quien Pablo está hablando aquí. Está hablando a creyentes, a la iglesia. Les llama, *“... participantes del llamamiento celestial...”* No les llama, *“...participantes del llamamiento ‘para ir al cielo en el futuro.’”* No, él dice que ellos ahora son *“participantes del llamamiento celestial.”* Dice una palabra que cambia todo; la palabra es *“considerad.”* Cuando yo comencé de pensar en esa palabra, pensaba a mí mismo, *“Pablo no debe decir eso porque estas personas son nacidos de nuevo. Están en Cristo, pero él está diciendo, ‘consideren a Jesús.’”* En mi mente, *“considerar”* solamente significa *“pensar en, tener Jesús en su mente, pensar muchísimo en Jesús.”* He oído a personas que se jactan de cuanto piensen en Jesús. Dicen, *“Todo el día Él está en mi mente.”* Pero esta palabra *“considerar”* no significa simplemente *“pensar de.”* *“Considerar”* significa *“contemplar, observar completamente, mirar.”* ¡Que Cristo sea nuestra vista; que Cristo sea nuestra visión! ¿Por qué? Porque estamos en Él y porque somos participantes con Él. Somos en unión con Él.

Pablo sabe que a menos de que veamos a Él, no conozcamos esa unión o esa realidad (de arriba) porque Él es la substancia de esa realidad. Somos participantes de esta realidad celestial. Esta no es imaginación; esta no es para el futuro. Es una realidad que es ahora presente. Porque ese es el caso, porque el hecho es que estamos en Él, fijemos la mirada en Jesús. ¡Qué Él sea nuestra vista porque Él es la substancia de esta realidad! Si vamos a conocer el cielo, la Persona misma del cielo tiene que ser revelado en nosotros. Si vamos a conocer la gloria de Dios, la Gloria de Dios quien está en nosotros tiene que ser revelado. Él tiene que ser revelado. Debemos ver nuestra Salvación, o no sabemos nada de salvación. Excepto que Él sea la vista de nuestros corazones, nosotros mismos vamos a ser la vista de nuestros corazones. Vamos a mirar nosotros mismos por todo lo que Él es. Vamos a mirar a nosotros mismos por la justicia; vamos a mirar a nosotros mismos para producir la santidad, y vamos a tener *“Siete Pasos”* para llegar a eso.

La *“iglesia”* quiere mostrarnos como podemos ser como Jesús, pero el cristianismo verdadero no es *“ser así como Él es”*; es viviendo por medio de Él. Es Cristo viviendo en nosotros como nuestra Vida, como nuestro *“Todo.”* Esa realidad tiene que ser experimentado en nosotros. Él está en nosotros, pero Él tiene que ser experimentado en nosotros. La Luz tiene que aparecer. La realidad tiene que amanecer en nuestros corazones. ¿Cómo ocurre eso? Él es revelado. La Persona de la luz, la Persona de la verdad, la Persona de la

gloria de Dios, la Persona de la salvación, tiene que aparecer donde Él ahora habita - en nosotros. Nuestro estado de ser está en Él; por eso, tenemos que verlo.

Ahora, miremos como Hebreos 3:1 es unido con Capítulo 2:6-11, *“Al contrario, alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para que lo visites? Lo hiciste un poco menor que los ángeles, lo coronaste de gloria y de honra y lo pusiste sobre las obras de tus manos. Todo lo sujetaste bajo sus pies. En cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no le sea sujeto, aunque todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos a Aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios experimentara la muerte por todos. Convenía a Aquel por cuya causa existen todas las cosas y por quien todas las cosas subsisten que, habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionara por medio de las aflicciones al Autor de la salvación de ellos, porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos...”*

La pregunta es, “¿Qué es el hombre?” En religión hoy esa es la pregunta que domina. El hombre es el centro y el fin. Predicamos que Dios quiere un hombre mejor; Dios quiere un hombre justo. Por eso, tratamos de alcanzar eso. Creemos que esa es la intención de Dios, que Dios hizo al hombre para ser justo. Entonces queremos llegar a eso. Hacemos todo lo que podemos para alcanzar esa meta. Oramos, estudiamos la Biblia, ayunamos y vamos a las juntas para alcanzar esa meta. Sin embargo, el autor aquí nos da la respuesta. El autor nos dice la intención de Dios. ¿Cómo alcanza el hombre la intención de Dios? Versículo 9, *“...vemos...a Jesús...”* Contemplamos a Él.

¿Por qué? Versículo 10, *“Convenía a Aquel por cuya causa existen todas las cosas y por quien todas las cosas subsisten que, habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionara por medio de las aflicciones al Autor de la salvación de ellos...”* Él nos ha traído dentro de unión con Él. La gloria no es que imaginamos. El hombre ha hecho de la gloria un lugar, una experiencia o humo llenando un edificio. Una vez en una junta donde yo estaba, un teclado se incendió. El humo llenó el edificio. La gente estaba adorando al Señor, y el predicador dijo, “¡La gloria de Dios ha llenado el cuarto!” La gente comenzaba aclamar y correr porque ellos pensaban que el humo en el edificio era la gloria de Dios. El músico salió del edificio porque él sabía que no era la gloria de Dios. Él sabía que el teclado se había incendiado. Eso es cómico,

pero habla de una condición triste en la iglesia porque nos gustaría ver humo llenando un edificio en vez de la gloria de Dios llenando nuestras almas.

Dios desea revelar la gloria de Dios que está en nosotros para que esa gloria llene y posea cada parte de nosotros. Dios desea que caminemos en la Luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. (La palabra “faz” significa la presencia de una persona. La Luz del conocimiento se ve cuando contemplemos a Cristo que está presente ahora dentro de nosotros.) Dios desea que Su presencia sea una realidad a diario, no solamente algo ocasional o algo que sentimos de vez en cuando. Él es la realidad siempre presente. El Señor es presente en nosotros. ¡Aleluya! Hemos sido traídos dentro de esta gloria, y esta gloria ha sido traído dentro de nosotros. ¿Cómo es que experimentamos esa gloria? “...vemos...a Jesús...” No hay otro camino. No podemos aprenderla en libros o por escuchar a predicadores. Predicando solamente puede motivarnos para convertir nuestro corazón para verlo a Él. No hay siete o diez pasos. Solamente hay una cosa necesario: convierte tu corazón para verlo a Él. Vuelve tu corazón lejos de todo lo demás, lejos de ti, lejos de tu justicia. Pablo dice en Filipenses 3:9, “...y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia, que se basa en la Ley, sino la que se adquiere por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios y se basa en la fe.” Cristo no confiere poder a nosotros para que seamos algo. Él es la substancia de toda la plenitud de Dios. ¡Qué conozcamos a Él como justicia y todas las cosas!

Hasta que Él sea revelado, la realidad que tenemos en Cristo no es una realidad consumada o actualizada en nuestros corazones. Aunque Él esté en nosotros y aunque nosotros estemos en Él, si Él no es revelado, Él no es conocido como presente. Porque somos ignorantes de Su presencia, sustituimos nosotros mismos que podemos “ver” como presente.

Colosenses 3:1-4, “*Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra, porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra Vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria.*” La primera palabra en esta traducción es “Si.” Sin embargo, esta palabra no debe ser implicar algo “incierto.” Pablo no presenta esto como una pregunta; está declarando una condición cumplida. Una mejor traducción es, “*Ya que han resucitado con Cristo...*” Porque están en Él, busquen lo que está arriba; pongan sus corazones allí. ¿Por qué debemos buscar esa realidad? Porque es una realidad, y nosotros fuimos traídos en esa realidad. Hay que entender: no

hay realidad abajo. El hombre no tiene ninguna realidad. El hombre no tiene nada. El hombre es nada. Toda la realidad se encuentra en Él. Si una cosa no está en Él, no es realidad.

Podemos tratar de hacer al hombre todo lo que deseamos ser, pero el hombre nunca alcanzará la intención de Dios. El hombre debe ser llenado con la intención de Dios que es Cristo. El hombre debe ser llenado con la buena voluntad de Dios que es Cristo. El hombre debe conocer la Persona de Su salvación que es Cristo. Si ignoramos de esa realidad, tratamos de establecer nuestra propia realidad.

Pablo dice, *“Porque han resucitado, pongan sus corazones arriba...”* Vemos la palabra “arriba” otra vez. Es celestial; está en Cristo. Recuerden en Juan 8:23 Jesús dice, *“...Vosotros sois de abajo, Yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, Yo no soy de este mundo.”* Él es la substancia de esta realidad sobre que debemos poner nuestros corazones. Él es la substancia de “arriba.” Es la Verdad del cielo. A menos que Él sea revelado, no conocemos la Verdad; solamente tenemos imaginaciones. La Verdad reina arriba porque la Persona de Verdad reina allí. Abajo, la imaginación de hombre reina. El hombre imagina que él sea santo; imagina que sea lo que Dios desea. La verdad es que debemos ver a Cristo que es lo Único que Dios desea. Dios desea la realidad de Su Hijo, y esa realidad está en nosotros. Hemos sido traídos a esa realidad porque somos resucitados con Cristo.

La palabra “con” significa unión, una unión viva. Hemos sido traídos a esa unión. Pablo dice, *“Porque eso es cierto, pongan sus corazones en cosas arriba. Busquen aquí.”* Es lo mismo que leímos en Hebreos 3; consideren a Jesús; qué Él sea su vista. ¿Qué Cristo sea la vista y la visión de nuestra alma! Él tiene que ser revelado para que conozcamos esta realidad. Podemos estar en Él, pero a menos que Él sea revelado, no conocemos ni experimentamos nada de Él. La salvación significa nada a nosotros a pesar de es completa y plena en Él. No es bastante solamente tener la salvación; tenemos que experimentar la salvación. La Persona debe ser revelada. En Versículo 4 nos dice como vamos a comprender esta realidad, como vamos a ver y saber donde estamos, *“Cuando Cristo, vuestra Vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria.”* Antes, Pablo dijo que esta vida es escondida. ¿Qué significa eso? ¿Es escondida de nosotros? No, es escondida de la mente natural. Esta Vida que está arriba está escondida del hombre. El hombre no puede conocer esta Vida; no puede aprender esta

**Vida; no puede vivir esta Vida. Esta Vida está escondida del hombre. ¿Cómo se manifiesta esta Vida en nosotros?**

**Esta es la cosa profunda que solamente el Espíritu conoce. ¿Cómo conocemos esa Vida? Lo que hacemos en la religión es, de abajo, tratamos de hacer nuestras vidas mejor. Llamamos eso “vida nueva.” Decimos que esa es la vida de Dios porque tenemos buenas actitudes o buenas disposiciones. Le decimos a la gente, “Los amamos.” Sonreímos mucho, y llamamos eso “la vida de Dios.” Creemos que estamos mostrando la vida de Dios a la gente. En realidad, la vida de Dios no se puede ser vista por el hombre excepto que el que es la Vida aparezca. Aparece en nosotros, en Su casa. Somos Su casa. Aparece en el vaso en lo cual Él vive. No está lejos de nosotros; está en nosotros. Cuando Él aparezca, nosotros sabemos. Hemos tratado de alcanzar esa gloria de Dios. Hemos tratado de trabajar para ir “arriba.” Cuando Él aparezca, vemos que Él es esa Gloria, y también vemos que estamos con Él en esa gloria. Es un descanso para nuestra alma. Ese descanso solo existe cuando Él aparezca. Él no puede traer ese descanso en este mundo natural. No trae el descanso “abajo.”**

**Nosotros oramos, “Señor, dame paz; dame descanso. Estoy perplejo; tengo dificultades. Por favor, dame descanso y paz.” Y el Espíritu de Dios está diciendo, “En ti, Yo soy tu Paz.” Él no viene para arreglar nuestra situación sino nos lleva en Su situación. Nos lleva a donde no hay otra cosa sino paz. Nos lleva donde no hay otra cosa sino vida y descanso. Jesús dice, “*Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar.*” (Mateo 11:28) ¿De qué tipo de trabajo está hablando Jesús? No está hablando de un empleo de las nueve a las cinco. No está hablando de lavar los platos. Está hablando del trabajo que hacemos “abajo.” Está hablando del trabajo que hacemos para ser como Jesús. Esforzamos hacer lo que pensamos que Dios quiere. Todo el tiempo “el Uno” que Dios desea está en nosotros y dice, “Vengan a Mí; Yo les doy descanso; Yo soy su descanso. Ustedes vivirán por Mí. No tienen que esforzarse por complacerme; Yo soy el beneplácito de Dios. Vengan a Mí.”**

**Jesús dice esto en un contexto verdadero de realidad. Él nos ha traído dentro de la gloria. Esta gloria no es un lugar; esta gloria es una realidad de relación. Es la relación entre el Padre y el Hijo; es la relación que no hombre puede conocer a menos de que se revele. “...nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.” (Lucas 10:22) Jesús solamente conoce al Padre, y el Padre solamente**



conoce a Él. El hombre no puede conocer esta realidad de “arriba” excepto esa realidad sea revelado en él. Solamente Cristo tiene relación con Su Padre, y el Padre solamente tiene relación con ese Hijo. El Hijo dice, “Yo tengo esta relación; desde siempre he tenido esta relación.” En el base de eso dice, “Vengan a Mí. El fundamento es que Yo soy el que tengo esta relación. Ustedes nunca van a recibir, conocer o realizar esta relación por trabajando o esforzando. Conocerán esta relación cuando Yo sea revelado en ustedes. Lleven Mi yugo sobre ustedes, y aprendan de Mí.” Todo se trata de Él. Es acerca de ver a Jesús.

Dije antes que creemos que nacimos de nuevo y que Cristo está en nosotros. Creemos la realidad de esta palabra. Creemos que Cristo es nuestra Vida, pero, tarde o temprano, esa creencia tiene que ser reemplazado con vista espiritual. Por ejemplo, cuando Lázaro murió, y Jesús vino, Él dijo a Marta, “Tu hermano vivirá de nuevo.” Marta tenía creencia. Creía en la resurrección. Ella dijo, “Sí, sí, yo sé. Yo entiendo eso. Yo sé acerca de resurrección. Yo creo que hay una resurrección, y mi hermano vivirá de nuevo un día. Yo entiendo eso.” Ella creía. Nosotros creemos que hay una resurrección, un cielo, la justicia, etc. ¿Qué es lo que trajo a ella de solamente creencia a la realidad? ¿Qué justificó esa creencia? Un encuentro cara a cara con la Persona de la resurrección.

Él dijo, “Yo soy la Resurrección; Yo soy la Vida.” Necesitamos a Él. Él vive en nosotros y debe ser revelado en nosotros. Podemos creer que Él está en nosotros, pero a menos que Él sea revelado en nosotros, es solamente creencia. Creer no puede transformar nuestra alma; creer no puede darnos paz. Verlo a Él nos da paz. Debemos ver a Cristo. No hay otra realidad excepto la realidad que encontramos en Él. Pablo dijo, “...*no fui rebelde a la visión celestial...*” ¿Cómo es que podemos ser desobedientes a la visión celestial? Cuando busquemos en alguna otra parte, no en Su cara, en Él, por cualquier cosa de realidad espiritual. ¡Qué esta visión obra en nuestros corazones! ¡Qué esta realidad sea una experiencia constante y presente en nosotros ahora!

#### 4. La Visión Celestial (La Necesidad de Vista Espiritual) Parte Dos

Estoy agradecido por la hambre para el Señor que ustedes tienen. Hay un deseo en sus corazones para conocer a Cristo. Eso es raro. La mayoría de la gente quiere saber cosas religiosas; quieren saber como vivir esta vida, pero no quieren conocerlo a Él. Debemos convertir nuestros corazones para conocer a Él, la realidad que Él es ahora. Estamos declarando las “buenas noticias,” el evangelio verdadero, que Él está en nosotros ahora. La realidad que buscamos no es una cosa lejos; está en nosotros.

El deseo y placer de Dios es revelar a Su Hijo en nosotros. La palabra “revelar” significa “destapar.” No significa “poner” en nosotros porque Él ya está en nosotros. Dios desea destaparlo a Él. Quiere mostrar Su presencia para que Lo conozcamos en Su presencia y en Su plenitud que mora en nosotros. No estoy interesado en adquiriendo conocimiento intelectual. No estamos solamente adquiriendo conocimiento acerca de Él. Deseamos que el conocimiento de Dios sea revelado en nosotros. Hay una diferencia. Mi conocimiento se basa en doctrinas y enseñanzas y el aprender de cosas. Aunque son buenas cosas espirituales; sin embargo, son “cosas.” El conocimiento no es “cosas.” El conocimiento de Dios es Su Hijo. En Su Hijo conocemos todas las cosas.

Primero, Pablo tenía un conocimiento acerca de Dios. La Ley era un conocimiento sobre Dios, y Pablo vivía acuerdo de esa Ley. Había una vez, cuando Pablo gloriaba en la Ley; sin embargo, vino a un punto cuando vio la substancia, al Hombre excelente y dijo en Filipenses 3:8, “*Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por amor a Él lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo...*” “Lo tiro como basura. Todo mi conocimiento lo desecho por la excelencia del conocimiento de Cristo. Ese es el conocimiento que nosotros deseamos; no es un conocimiento que podemos aprender en libros sino el conocimiento que Dios revela en la faz de Su Hijo. Ese conocimiento no solamente es revelado en Su Hijo sino es revelado como Su Hijo. Eso es lo que buscamos, y esa realidad está en nosotros ahora.

Hemos hablado sobre “arriba” y “abajo” y la realidad que somos resucitados con Cristo ahora. Hemos sido traídos en unión con el Cristo eterno. Él vive en nosotros, y nosotros vivimos en Él. Esa es una realidad que es lograda por la cruz: la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Es un estado consumado; es una realidad; es cierto; pero hasta que la Persona de esa realidad sea revelada, no conocemos esa realidad. Esa realidad debe ser revelada en nosotros. El hombre en su mente natural no puede conocer lo que está “arriba.” Podemos aprender cosas sobre lo que está “arriba”; podemos aprender que Cristo está en nosotros; podemos ser enseñados que Él es nuestra justicia. Podemos ser enseñados que Él nos ha sido hecho todas las cosas, pero eso es simplemente palabras, enseñanzas y doctrinas hasta que veamos a la Persona.

Estamos tratando con una Persona. La Salvación es una unión con una Persona. Esa Persona está en nosotros, y Dios desea revelar esa Persona para que Lo conozcamos. Efesios 1:1-6, *“Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso: Gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de Él. Por Su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos Suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de Su voluntad, para alabanza de la gloria de Su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.”* Pablo está presentando una realidad presente. Versículo 3 dice, *“...nos bendijo con toda bendición espiritual...”* ¿Qué tanto es todo? ¡Todo! No es que tenemos algunas bendiciones ahora, y vamos a tener todas más tarde. En Él tenemos toda plenitud espiritual ahora. La mente natural no puede entender eso. Es “arriba,” y solamente puede ser revelado por Dios. El hombre ha hecho las bendiciones de Dios cosas materiales. Creemos que Dios nos bendice con carros y casas, trabajos buenos y dinero. La bendición de Dios es Su Hijo. Todas las bendiciones son realizadas en la Persona de Su Hijo. La mente natural rechaza conocer eso, y no puede conocer eso porque no lo puede ver con sus ojos, y no lo puede tocar con sus manos. Es invisible. Esta es la realidad que no podemos ver con nuestros ojos y no podemos oír con nuestros oídos.

Él está en nosotros; todas las bendiciones espirituales están en nosotros. Cristo en Su plenitud habita nosotros. Pablo sigue y dice, *“...nos hizo aceptos*

*en el Amado...*” Nosotros hacemos todo lo que podemos para ser aceptos. Trabajamos y esforzamos para que el Señor nos acepte. Hacemos todo lo que hacemos para que Dios esté complacido con nosotros, pero este versículo no dice que Dios nos da la habilidad para ser aceptos. Dice que somos aceptos en Su Hijo Amado. Si tratamos de conocer esta aceptación de Dios con nuestra mente natural, tratamos de volverse aceptos. Tratamos de hacer lo que es aceptable. Dios me habló una vez, “Si tú vas a estar aceptado por Mí, tienes que vivir por la Vida que Yo acepto.” No hay otra manera. Nuestras acciones no nos hacen aceptables. El que está en nosotros es el Único a quien Dios acepta. ¡Qué audacia en nuestro corazón religioso que piensa que puede ofrecer algo aceptable al Dios Santísimo! El Hijo amado y aceptado de Dios tiene que ser revelado en nosotros como la Vida aceptada.

¿Cómo podemos conocer esa realidad? ¿Cómo podemos venir de tratar de ser aceptados a conocer a Él que es aceptado? Tratamos de lograr la plenitud espiritual en vez de conocer a Él que es la Plenitud de Dios. Cristo es la substancia; Cristo es la plenitud de todas las cosas espirituales. La mente natural es ignorante de esa realidad; por eso, trata de acumular cosas espirituales. Trata de obtener ganancia espiritual. Trata de obtener la justicia. Entonces, cuando piensa que tenga la justicia, trata de obtener la santidad. Entonces, trata de obtener otra cosa. Tratamos de juntar pedazos de un rompecabezas grande, y pensamos, “Un día vamos a completar este rompecabezas.” Sin embargo, Pablo dice en Colosenses 2:10, “...y vosotros estáis completos en Él, que es la Cabeza de todo principado y potestad.” No estamos completos por nuestras obras. No estamos completos por nuestros esfuerzos. La perfección no se encuentra en nuestros esfuerzos. La perfección es Cristo en nosotros. ¡Aleluya!

La mente natural no puede llegar a eso. Pablo entiende que solamente hay una manera en la cual nosotros podemos conocer la realidad de que está hablando. Por eso, él ora en Efesios 1:17-18, “...para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él; que Él alumbré los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos...” “...revelación en el conocimiento de Él...” Recuerden que Pablo dijo, “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por amor a Él lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo...” (Filipenses 3:8) “La justicia en que yo gloriaba una vez y en que yo encontré

mi vida; ahora, yo cuento como nada, como pérdida por la excelencia de conocer a Él, la revelación en el conocimiento de Él.”

¿Vemos aquí un patrón? Todo se trata de Él; no se trata de nosotros. No se trata de nosotros mejores o santos. Se trata de Él que está en nosotros y está siendo revelado en nosotros para que sepamos cuál es la esperanza. No dice, “para que sepáis cuál será la esperanza.” La religión nos dice lo que será. Sin embargo, todas las bendiciones espirituales están en Él ahora. Toda la plenitud espiritual está en Él ahora. Religión nos dice que podemos tener solamente un poquito de Él ahora, pero un día podemos tener todo. Pablo dice, “¡No! ¡Él está en ustedes ahora mismo! ¡Tiene que estar revelado en ustedes hoy mismo para que sepan cuál es la esperanza, para que sepan que ahora es su Vida!” No vamos a saber eso simplemente por oír y creer una enseñanza; tenemos que contemplar Su cara en Su aparición. Dios desea que sepamos tal como Pablo sabía en Filipenses 1:21, “*Porque para mí el vivir es Cristo...*” No vivimos “para” Él; vivimos “por medio de” Él. Él vive. “...*ya no vivo yo, mas vive Cristo...*” (Gálatas 2:20) Esa es la realidad de “arriba,” conociendo a Él que es la substancia de todas bendiciones espirituales. La mente natural no puede conocer eso; solamente Dios puede revelar a Su Hijo en nosotros.

No podemos aprender esto en libros o enseñanzas. Podemos leer acerca de esta realidad. Jesús les dijo en Juan 5:39, “*Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de Mí...*” Todas las Escrituras hablan de Él, no solamente unas. Él dijo, “Yo sé que escudriñan las Escrituras.” Estamos aquí en una escuela que escudriña las Escrituras. Escudriñamos las Escrituras. Entonces, Él dice algo muy importante, “...*y no queréis venir a Mí para que tengáis vida...*” Nunca debemos sustituir escudriñar la Escritura por Él que es la Vida. Ese es un error muy grave porque es la Vida que necesitamos. En Su Vida conocemos todas las cosas; en Su Vida vemos todas las cosas. Leímos eso en Colosenses 3:4, “*Cuando Cristo, vuestra Vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria.*” Cuando Él aparezca, nosotros somos manifestados en unión con Él en Su gloria. No podemos trabajar para obtener la gloria. Es la gloria de Dios que está en nosotros que es revelada en nosotros para que podamos conocer la gloria ahora porque en Su rostro es la Luz del conocimiento de la gloria de Dios. Está en Su rostro, no en mío. No van a ver esa gloria en mi rostro. Vemos la gloria de Dios en Su rostro. Estas son realidades que encontramos arriba. La mente natural nunca las va a

conocer. El alma del hombre fue creada para conocerlas. El corazón del hombre fue creado para esta realidad.

Quiero que veamos el alcance del hombre natural en Génesis 3:5-7, “*Pero Dios sabe que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y el mal. Al ver la mujer que el árbol era bueno para comer, agradable a los ojos y deseable para alcanzar la sabiduría, tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido, el cual comió al igual que ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos y se dieron cuenta de que estaban desnudos. Cosieron, pues, hojas de higuera y se hicieron delantales.*” El enemigo vino y dijo, “Tú puedes ser como Dios; tú puedes saber lo que Dios sabe.” ¿No es eso lo que la religión nos enseña? La religión dice, “Si tú haces estas cosas, puedes saber lo que Dios sabe.” ¿No es esa la sabiduría que queremos conseguir? Oramos, “Dios, quiero saber las cosas que Tú sabes. Permíteme ver así como Tú ves.” Dios no va a enseñarnos lo que Él sabe. No tiene interés en mostrarnos así como Él ve las cosas o mostrarnos como ver así como Él ve. Quiere revelar Su vista en nosotros. Quiere revelar Su conocimiento en nosotros. El conocimiento no viene de afuera hacia dentro. Esa es la manera en que el hombre consigue el conocimiento. El conocimiento de Dios es por dentro hacia afuera. La vista de Dios se revela en nosotros. No se muestra a nosotros sino se revela en nosotros. No podemos conocer esta realidad a menos que Dios revele esta realidad.

Vamos a recordar algunas cosas en el antiguo testamento. Dios le dice a Abram, “...*Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré.*” (Génesis 12:1) Esa palabra “*mostraré*” significa “revelaré, haré conocer.” ¿Cómo es que Abram supo el lugar de que Dios habló? Dios le dijo, “Te mostraré. Vas a saber este lugar cuando Yo aparezca porque Yo soy la medida y la substancia del lugar.” No es una locación de que estamos hablando; el cielo no es una locación adonde vamos. Es una Persona que Dios revela en nosotros. No podemos conocerlo a menos de que el Padre Lo revele a Él. El cimiento tiene que ser puesto o no podemos conocer. Podemos imaginar o pensar, pero no podemos conocer. La religión se basa en imaginaciones vanas porque se basa en mí. Yo soy el final y la meta.

Adán y Eva comieron, y los ojos fueron abiertos. He oído a muchas personas que dicen, “Mis ojos fueron abiertos, y yo vi la luz. Yo sé la verdad; Dios me ha enseñado la verdad.” Primero, Eva vio que el árbol era bueno; era agradable a los ojos y codiciable para alcanzar la sabiduría. Al mismo tiempo estaba el árbol de la Vida, pero ellos no participaron de esa Vida. Querían

algo que les beneficiarían. Ellos querían la sabiduría; querían algo que haría sus vidas mejores. Dios había provisto la Vida del otro la cual no podían tener excepto que comieran del árbol de la Vida. Ellos querían la sabiduría; querían saber lo que Dios sabe. Cuando comieron del árbol, sus ojos fueron abiertos y vieron que estaban desnudos. ¿Qué hicieron entonces? Lo mismo que nosotros hacemos. Vemos nuestro problema y necesidad; sabemos que somos personas malas. No sabemos que tan mal somos, pero sabemos que somos muy malos, y sabemos que Dios no nos gusta. ¿Qué hicieron ellos? Cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales. Esa es la religión; es un acto de religión hacer lo que es necesario para cubrir nuestro desastre. La religión nos da una “cubeta de hojas de higuera.” En Romanos 7, Pablo dice algo que una hoja de higuera no puede cubrir. Dice, *“Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien, porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.”*

Yo veía ese versículo una vez, y un pensamiento vino a mi mente. Me imaginaba que Pablo caminaba a la oficina de un pastor y le dijo, “Necesito hablar con usted acerca de algo que he descubierto. He concluido que en mí mora nada bueno. Cada vez que trato de hacer algo bueno, la maldad aparece.” Ahora, si el pastor no trata de echar fuera al diablo, tal vez diga, “Trata de hacer mejor. Esmérate. Lee tu Biblia un poquito más; ora un poquito más. Aquí está una hoja de higuera; cubre ese desastre.” Eso es lo que hacemos. Nos vemos nosotros mismos. Estamos hablando de una realidad cumplida, una obra consumada. La substancia mora en nosotros ahora, pero mientras que seamos la vista de nuestro corazón, no vemos nada terminado o completo.

Algunos en la iglesia dicen, “Un día será terminado; un día será consumado.” Pero no es cierto. La realidad de un trabajo consumado está en nosotros. Nosotros tenemos que convertir nuestros corazones para ver la realidad que está en nosotros. Necesitamos orar, “Padre, revelar a Tu Hijo en mí porque yo sé que en Él habita toda la plenitud. No necesito otra hoja de higuera o una respuesta rápida. Necesito ser librado en mi corazón. Yo sé que estoy librado en Cristo. He sido traído a unión con Él, pero esa libertad tiene que ser una realidad en mi corazón.” Si esa libertad no es una realidad en nuestro corazón, estamos atormentados. Yo conozco a personas que están atormentados día y noche porque piensan que Dios está enojado con ellos. Piensan que Dios los odia por cosas que han hecho. Por eso, cosen hojas de higuera. Es un intento inútil; es un ciclo de muerte. Pablo pide y grita en frustración porque sabe que “una hoja de higuera” no va a ayudar nada.

Solamente cubrir cosas no va a ayudar. Algo más tiene que pasar. Escuchen a Romanos 7:24, “*¡Miserable de mí!*” Vamos a ver lo que no dice. No dice, “*¡Qué cosas miserables que yo hago!*” No es lo que él hace; es quien es él. El problema no es lo que hacemos; es la fuente de que surge todo lo que hacemos. “*¡Miserable de mí!*” Coser las hojas de higuera es un ciclo de muerte. Escuchen lo que dice ahora; es muy importante. “...*¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?*” No está hablando de una muerte física; está hablando de la muerte que el hombre mismo es; el mundo de la muerte que el hombre trata de arreglar. Antes, hablamos de la “Visión Celestial.” Proverbios 29:18 dice, “*Donde no hay visión, el pueblo se extravía...*” El pueblo permanece en un estado de muerte. ¿Qué es lo que nos levanta de ese estado de muerte? Ver la Vida; ver a Él que vive en nosotros. ¡Aleluya! No es vivir una vida mejor para Dios sino conocer la Vida de Dios en nosotros.

Quiero concentrar en la palabra “*quién*” aquí. Pablo no dijo, “*¿qué me libraré?*” No dijo, “*¿Qué doctrina tengo que aprender para librarme? ¿Qué otra actividad tengo que hacer para encontrar esta libertad?*” Otra cosa no va a librarnos; otro hecho espiritual no va a ayudarnos. Tiene que haber un “quien.” Tenemos que conocer el “Quien” de nuestra salvación donde Él está – en nosotros. El “Quien” de nuestra salvación tiene que aparecer. Pablo sabe que Dios no busca a un mejor Pablo. Dios no busca a un Pablo más justo. Cuando yo nací de nuevo, estaba en religión honda y oscura. Yo tenía muchísimas hojas de higuera que me pareció así como una higuera. Yo cubrí todo. Yo sabía que no era bueno, pero no sabía que yo era irreparable. Sabía que era muy malo, pero no sabía que era irreparable. Eso es lo que Pablo vio. No necesito otra verdad; la Verdad tiene que venir. No puedo hacerlo. Tiene que haber Otro, la Vida, el árbol de Vida, la Vida que no es yo. Tengo que participar de esa Vida. El “Quien” de la salvación tiene que venir y tiene que ser revelado. “*¿...quién me libraré...?*”

Esta palabra “libraré” es la misma palabra que se usa en Colosenses 1:12-13, “...y, con gozo, daréis gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz. Él nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de Su amado Hijo...” Él nos ha librado. No dice “nos libraré.” Esa palabra no significa “sacar” o “salir.” Nosotros pensamos que “liberación” es de cosas. Decimos, “Él me libró de infierno y pecado. Yo no hago esas cosas ahora.” Esta palabra no significa eso; significa “traer en la presencia de uno.” ¿Cómo somos librados? No somos librados de situaciones temporales porque vamos a estar en otra situación. Hemos sido librados de una creación a otra. Hemos sido traídos dentro de algo completamente nuevo,



y la substancia de esa realidad es Cristo Mismo. Hemos sido traídos a Él. Jesús en Juan 14:3 dice, *“Y si Me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a Mí Mismo, para que donde Yo esté, vosotros también estéis.”* Esa es una realidad ahora. Somos resucitados con Él, pero el “Quien” con quien somos unidos, el “Quien” que es nuestra liberación verdadera tiene que ser revelado, tiene que aparecer. El elemento esencial es el revelar de Cristo.

Después de Pablo grita, *“¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”*, Él dice en Romanos 7:25, *“¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro! Así que, yo mismo con la mente sirvo a la Ley de Dios, pero con la carne, a la ley del pecado.”* Él es mi liberación, no otra enseñanza, no un programa con 12 pasos para dejar pecar. Somos traído a Él, Mismo. Somos hallado en Él. Él es nuestra liberación. Yo soy librado porque *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...”* (Gálatas 2:20) En Romanos 8:1 Pablo dice, *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu...”* ¿No queríamos tener una vida sin condenación? No importa de cuantas hojas de higuera nos pongamos; todavía somos condenados. ¿No nos encantaría tener una vida sin condenación? Pues, les digo ahora mismo, “Esa Vida que no puede ser condenado habita en nosotros.” La Ley no puede hacer carga contra esa Vida. Esa Vida es Cristo Mismo, el “Quien” de nuestra salvación. No estamos tratando con enseñanzas o doctrinas de “las hojas de higuera.” Estamos tratando con la Persona, y esa Persona habita en nosotros ahora. ¿Qué Dios revele a esa Persona en nosotros para que conozcamos a Él que es!

## 5. Ver al Propósito Eterno

Vamos a considerar “El Propósito Eterno de Dios.” Tenemos que comenzar con Dios el Padre, y tenemos que entender que Dios el Padre tiene un propósito eterno y que siempre ha tenido este propósito aun antes del mundo y la humanidad existieron. Este propósito es Su visión y Su meta. Su propósito eterno (Su visión y Su meta) es Su Hijo resucitado y glorificado (Su Simiente resucitada y glorificada).

Todos sabemos que el Padre envió a Su Palabra (Jesús de Nazaret) que es la única Simiente. No hay otra simiente. Jesús dijo de Sí Mismo en Juan 12:24, *“De cierto, de cierto os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo, pero si muere, lleva mucho fruto.”* Él dijo eso de Sí Mismo; Él es ese “Grano.” De hecho, “¿Cayó el ‘Grano’ (Jesús) en la tierra y murió?” ¡Sí, es cierto! “¿Llevó (Jesús) mucho fruto?” ¡Sí, hizo eso! ¿Por qué? Porque Jesús es Aquel que cayó en la tierra y murió. El propósito eterno de Dios el Padre se realiza en Su Cristo resucitado por Su muerte, sepultura y resurrección que Él Mismo es.

En nuestro diagrama tenemos el Padre, Su Simiente y la cruz donde Él cayó y murió. Ahora Él ha resucitado en una forma más plena. Este ha sido el plan de Dios durante la eternidad antes del hombre existió. Podemos ver al tipo y sombra de esto en el Antiguo Testamento muchas veces. Vamos a ver unas Escrituras sobre este plan eterno. El tipo que es el más obvio es con Abraham, Isaac e Israel. Tenemos un padre, su única simiente y el incremento de su única simiente. Podemos ver esto en Génesis 17:1-8. Abraham es un tipo del Padre, e Isaac es un tipo del único Hijo de Dios. Isaac era el único hijo de Abraham. Por eso, Dios dijo en Génesis 22:2, *“Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, vete a tierra de Moriah y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que Yo te diré.”* Entonces, tenemos Israel. Israel es el tipo del Hijo (Simiente) de Dios resucitado y glorificado. Dios le dice, *“Fructificad y multiplicaos...”*

**¿Habla Dios esto de Jacob? No, habla esto a Israel porque Israel es el fruto; Israel es el incremento. Después, el nombre de Jacob se cambia a Israel, el fruto y la multiplicación se mencionan. Vemos esta misma panorama (el Padre, el Hijo y el provecho del Hijo) con Jacob, José e Israel. Jacob es un tipo del Padre, y José es un tipo de Su Hijo amado. Sabemos esto porque Jacob amaba a José más que sus otros hijos, y todos los hermanos lo envidiaban. Por eso, los hermanos lo vendió para deshacerse de José. En tipo y sombra lo “mataron,” (Génesis 37:31-35) y José fue a Egipto, la morada de los muertos (la sepultura). Entonces, surgió como Israel. La resurrección de José es Israel. Recuerden, José les dijo, “*Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos.*” (Génesis 50:25) Entonces, tenemos el Padre, el Hijo amado que cae en la tierra y muere, y ese mismo Hijo que surge en incremento – resurrección. El Señor le dijo a Moisés, “*Y dirás a Faraón: Israel es Mi Hijo, Mi primogénito.*” (Éxodo 4:22)**

**Vamos a ver otro tipo. Este tipo es Dios, David y Salomón. Es la misma ilustración. Samuel dijo en I Samuel 13:14, “*Jehová se ha buscado un varón conforme a Su corazón...*” Está hablando de David. Dios escogió a David para reinar sobre Su pueblo Israel. Pero el Señor le dijo a David, “*¿Eres tú el que Me va a edificar una casa para morar en ella?*” La respuesta fue “No.” Sabemos que David era un hombre de muchos dolores. Sufría mucho, y era un hombre de sangre. En tipo era un imagen de Jesús de Nazaret. Ahora durante el reino de David, no había el templo del Señor en lo cual Israel colectivo encontraba su descanso porque la casa no fue construida. Durante el tiempo en que Jesús de Nazaret caminaba en la tierra, nadie tenía relación con Dios excepto Él. El camino no fue hecho hasta que Cristo Mismo consiguiera una unión. Salomón representa esa unión porque se congrega a todo Israel en la casa del Señor. Salomón establece la casa del Señor y trae a todo Israel en Su descanso, lo que Él Mismo ha establecido. El Cristo resucitado por Su muerte, sepultura y resurrección hizo el camino a la casa del Padre, el lugar de descanso. Salomón es el incremento de David. Salomón construyó una casa para Dios, y Dios dijo de Salomón, “*Yo seré Padre para él, y él será hijo para Mí.*” (2 Samuel 7:14) En 1 Reyes 8:20 Salomón habla de todo el Señor había hecho, “*Jehová ha cumplido la promesa que hizo: yo me he levantado en lugar de David mi padre, y me he sentado en el trono de Israel, como Jehová había dicho, y he edificado la Casa al nombre de Jehová, Dios de Israel.*” Salomón dice, “*...yo me he levantado...*” Esta es resurrección.**

Estos son unos de los tipos del propósito eterno de Dios en la Escritura. Llegar a conocer este propósito eterno se llama “...*el supremo llamamiento de Dios...*” A esto Pablo se refiere en Filipenses 3:14, “...*prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.*”

Ahora vamos a ver como el propósito eterno de Dios se aplica al alma, como afecta la humanidad. Vamos a usar este diagrama. Primero, tenemos alguien (representa por un cuadro) que no tiene Vida; por eso, no tiene conocimiento. No es salvo; no nace de nuevo; no nació de Cristo. Por eso, ¿qué es lo que necesita? ¿Necesita que un creyente venga y le diga, “Pórtate bien; entra en vereda; trata de ser así como Jesús,”? ¿Cómo puede comportarse bien? ¡Él está muerto!

Tal vez un creyente debe venir y le dice, “Tú necesitas pasar tiempo con otros creyentes para que puedas ver las cosas así como vemos las cosas.” ¡Él está muerto! ¿Qué es lo que él necesita? Él necesita Vida. Cuando nosotros (los que nacimos de nuevo) compartamos de Cristo (de quien Lo estamos conociendo) con otros, declaramos la Vida (el Cristo resucitado) que ellos necesitan. Cuando nosotros recibamos a Cristo, ahora tenemos un alma que ha recibido Vida, un alma que nace de nuevo. Alguien que nace de nuevo nace con el entendimiento de un niño. Jacob es un tipo de eso y está representado por un círculo dentro de un cuadro (hecho con rayas). Ese entendimiento de un niño es tinieblas y ceguera. ¿Recuerdan en Juan 9:32-33 donde Jesús sanó a un hombre que nació ciego? El hombre dijo, “*Nunca se ha oído decir que alguien abriera los ojos a uno que nació ciego. Si este no viniera de Dios, nada podría hacer.*” Ahora, cuando nazcamos de nuevo, cuando nazcamos de la Simiente de Cristo, somos así como ese hombre. Nacemos ciegos. Nacemos de nuevo; tenemos Vida, pero estamos ciegos a la Vida que tenemos.

Para el hombre natural (que no nace de nuevo), el propósito eterno de Dios es un misterio. No ve este propósito eterno; por eso, no puede saberlo. El que nace de nuevo (con el entendimiento de un niño) es ciego al propósito eterno de Dios, pero porque él nace de nuevo, puede saberlo. Él tiene la capacidad de ver y saber. La capacidad para ver viene con nacimiento nuevo. Si alguien no nace de nuevo, él no tiene la capacidad de ver.

Vamos a considerar alguien que nace de nuevo pero vive así como alguien que no nace de nuevo. Ya no está en Adán (representado por el cuadro). Esa no es su existencia ahora. Cristo es su Vida ahora. Él está en Cristo, pero ¿qué

va a hacer el Señor para él? ¿Dice el Señor, “Necesitas comportarse bien y entrar en vereda. Necesitas dejar hacer eso, y necesitas comenzar hacer esto”? ¿Va a decir eso el Señor? Pensamos que va a decir eso porque nuestra visión se basa en lo que Dios ha quitado, el hombre natural, el cuadro. Vemos al hombre natural; por eso, entendemos al hombre natural. Nuestra visión es el hombre natural, la creación natural. Nuestra visión no es la visión de Dios, pero el Señor habla de Su propósito eterno, Su visión. Él habla en Hijo. Esta es Su visión.

¿Qué es lo que hace Dios? Muestra Su visión. Esta se llama “la revelación de Cristo.” Es un milagro de Dios. No podemos hacerla tal así como no nos podemos hacer “nacer de nuevo.” Jesús dijo eso al dirigente rico que preguntó, “*Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna? ¿Por qué Me llamas bueno? respondió Jesús. Nadie es bueno sino solo Dios. Ya sabes los mandamientos: ‘No cometas adulterio, no mates, no robes, no presentes falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre.’ Todo eso lo he cumplido desde que era joven, dijo el hombre. Al oír esto, Jesús añadió: Todavía te falta una cosa: vende todo lo que tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme. Cuando el hombre oyó esto, se entristeció mucho, pues era muy rico.*” (Lucas 18:18-23) Los discípulos entendían lo que pasó. Entendían, “Si ese hombre no puede hacerlo, yo no puedo hacerlo. Este es un milagro de Dios.” Entonces, Jesús dice en Lucas 18:27, “*Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios...*” En la misma manera que el nacimiento nuevo es un milagro, Cristo revelado en nosotros es un milagro. Es de Dios; nosotros no podemos hacer nada. Nada de nuestro ejercicio o esfuerzo puede causar a Cristo ser revelado. Todo lo que podemos hacer es colocar nuestros corazones en una manera en cual pueden convertir para ver al Señor.

En 2 Corintios Pablo está hablando de un velo. Si yo tengo un velo sobre mis ojos, no puedo ver. Pero Pablo no está hablando de ojos naturales. Está hablando de un velo sobre el corazón. Versículo 3:15, “*Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos.*” Entonces, cuando la Ley (Moisés y el Antiguo Testamento) se lee, puede haber un velo sobre nuestro corazón. ¿Qué esconde este velo? Esconde la gloria de Dios, a Su Cristo resucitado y glorificado. El velo esconde a Su Hijo. Versículo 16 dice, “*Pero cuando se conviertan al Señor, el velo será quitado.*” El corazón se convierte. Todo lo que podemos hacer es colocar nuestros corazones en una manera que pueden convertir y ver al Señor. Esto es todo lo que podemos hacer.

Ahora, tengo una pregunta para nosotros. ¿Qué es el propósito de que nuestros ojos sean abiertos? ¿Es para que podamos ver cosas profundas o para que tengamos un conocimiento mayor? No, Dios tiene solamente un propósito para que nuestros ojos sean abiertos. Él no va a cambiar Su mente. Su propósito es para que veamos a Su único Hijo, nada más y nada menos. Nuestros ojos están abiertos para ver a Uno, a Su Hijo. Hay un ejemplo de esto en Ezequiel. Cuando nací de nuevo, este libro fue enseñado así, “¡Y tenía ruedas, hermano, y cuatro caras y fuego; y movía arriba y abajo así como un yo-yo!” Si eso es todo lo que predicamos del libro de Ezequiel, no entendemos al Hombre más excelente. No hemos visto a Él; por eso, no hemos alcanzado a todo lo que podríamos ver. No hemos visto al Hombre más excelente; por eso, no hemos alcanzado a lo que Dios quería que viéramos (así como Nicodemo). No hemos visto lo que el Señor ha declarado. Ha declarado a Su Hijo.

Vamos a leer Ezequiel 1:1. Esto es muy hermoso. Ezequiel dice claramente de lo que habla este libro. *“Aconteció en el año treinta, en el mes cuarto, a los cinco días del mes, que estando yo en medio de los cautivos, junto al río Quebar, los cielos se abrieron y vi visiones de Dios.”* Yo sé que sus Biblias dicen “visiones,” pero en la concordancia de Strong se dice “visión.” Es singular, no plural. “Yo vi la visión de Dios.” Todo lo que pasa en este libro es esta visión. No hemos visto a este Hombre así como Ezequiel Lo ha visto. No hemos visto la visión de Dios; por eso, hablamos de ¡los cuatro rostros y el fuego y el “Slinky” grande (es un juguete como un muelle frágil)! Es chistoso porque es cosas. Hemos substituido cosas por la substancia. No podemos hacer eso. Hermanos, necesitamos ir a Él, pero no vayamos a Él para amor, como una cosa. No debemos orar, “Dios, revela a Tu Hijo en mí para que yo conozca amor y para que yo pueda amar.” ¿Qué es nuestra meta en esa oración? El amor. ¿Y qué hay del Cristo resucitado de Dios? Él es la meta de Dios; no tiene otra vista. Su meta es Su Hijo resucitado y glorificado. Si oramos, “Señor, muéstrame a Tu Hijo; revela a Tu Hijo en mí para el amor,” nuestra meta es el amor. Nuestra meta es una cosa con no substancia porque estamos usando a Cristo para algo que pensamos que necesitamos. Pero ¿qué es lo que necesitamos?

No importa lo que nosotros pensemos; Dios sabe. Antes de que nacimos de nuevo, Dios sabía que necesitamos a este Cristo resucitado. Sabía que necesitamos Vida. Cuando nazcamos de nuevo, Él sabe que necesitamos ver a Éste. Él sabe que Éste tiene que ser revelado. ¿Por qué? Porque si nacimos de nuevo, Él está en nosotros. Si Él no es revelado, somos ignorantes y ciegos

a la Vida que tenemos. Actuaremos repetidas veces como el muerto hombre de Adán porque no sabemos la Vida que tenemos. No somos ese hombre de Adán. Cuando somos ciegos, pensamos que ese hombre es nuestra vida. Este entendimiento se representa por el cuadro con rayas. Representa un entendimiento de algo que no realmente está en Cristo, pero está en nuestro corazón. Es el velo; es ceguera. Estamos ciegos, pero ¿a qué? Estamos ciegos a la Vida que reside en nosotros. Estamos ciegos al Cristo que nos habita.

Hemos oído de un “cielo abierto.” “...*los cielos se abrieron y vi visiones (visión) de Dios...*” (Ezequiel 1:1) Cuando los cielos se abran, ¿qué es lo que vamos a ver? ¿Vamos a ver cosas? ¿Quiere Dios que veamos cosas? No, cuando los cielos se abran, vemos a Uno, al Cristo resucitado de Dios, la Vida del creyente. Podemos decir, “Ah, ahora estoy comprendiendo. ¡Finalmente, lo veo y entiendo! ¡Lo tengo! Dios quiere a Su Hijo, y Su Hijo está en mí. Solamente tengo que orar, ‘Padre, revela a Tu Hijo en mí.’” Pero no hemos visto a este Hombre.

El ejemplo perfecto de esto es Nicodemo. Estaba hablando con Jesús y dijo, “¡Sí, lo tengo! Sé lo que me está diciendo.” Nicodemo no era un hombre sin educación. Era un fariseo y un miembro del Concilio. Memorizó el Ley tal como Pablo. Probablemente, él sabía la Escritura más que todos de nosotros aquí, pero él no nació de nuevo cuando hablaba con Jesús aquí. Este es un ejemplo perfecto para nosotros. Entonces, Le dijo a Jesús, “Finalmente, yo, Nicodemo, (el hombre de Adán) entiendo. Yo, Nicodemo, tengo que nacer de nuevo. Entonces, regreso al vientre de mi madre y salgo otra vez un Nicodemo nuevo. Nuevo Nicodemo, Nicodemo otra vez.” Pero Jesús le había dicho antes, “*De cierto, de cierto te digo que el que no nace de nuevo no puede ver al reino de Dios.*” Si tú no naces de nuevo, no puedes ver al reino de Dios; no tienes la capacidad de ver.

Jesús estaba hablando del reino de Dios. ¿Qué es el reino de Dios? ¿Leeremos Ezequiel y imaginaremos un yo-yo o “Slinky”? ¿Imaginaremos una cosa? ¿No hemos visto al Hombre más excelente? Con nacimiento nuevo viene la capacidad de ver al reino de Dios. ¿Quién es el reino de Dios? ¡Jesús! ¡Cristo! El reino de Dios no es una cosa; el reino de Dios es una Persona. En Abraham podemos ver un ejemplo de cosas versus Cristo. Génesis 12:1, “*Jehová había dicho a Abram: ‘Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré.’*” La palabra mostraré significa “tener visión, aprender acerca de, conocer.” Si no vemos, no conocemos. Si no vemos, podemos saber una cosa, pero no es el Hombre más excelente.

**Génesis 12:7 dice, “Y se apareció Jehová a Abram, y le dijo: ‘A tu descendencia daré esta tierra.’ Y edificó allí un altar a Jehová, quien se le había aparecido.” Se suponía que Abraham viera al Señor, no una parcela de tierra. Todo el punto es ver al Señor. Durante la jornada de Abraham, dice, “...se le apareció Jehová...” (Génesis 17:1) Y otra vez, “Jehová se le apareció a Abraham...” (Génesis 18:1) La apariencia del Señor es el propósito de la existencia de Abraham. Finalmente, Abraham ve a Cristo crucificado. (Génesis 22:1-14).**

**Es lo mismo en el libro de Ezequiel. Hemos leído Ezequiel 1:1, “Yo vi la visión de Dios.” Si continuamos leer el libro, vamos a ver que repetidas veces Ezequiel “vio.” También dice, “Yo vi la gloria de Dios, la misma visión que vi al río Quebar.” Es la misma visión. La visión no cambió. ¿Qué es lo que cambió? El entendimiento de Ezequiel cambió. Los ojos de Ezequiel fueron abiertos para ver al Señor. Todo lo que pasó era para ese único propósito. Todo fue relacionado a la visión. Este visión es el Cristo resucitado y glorificado. Porque Ezequiel continuaba ver al Señor, todas las cosas fueron recogidas en el Señor, y el Señor Mismo se veía como la substancia de todas las cosas. El Cristo resucitado es grande, maravilloso. Él es vasto, inconmensurable. Él es la Plenitud. ¿Qué es lo que vemos? Tal vez vemos un poquito de la medida que Él es.**

**La visión tiene que ser revelada, y entonces, así como Abraham, Ezequiel y lo demás en la Escritura, la Luz viene. Mateo 4:16, “El pueblo que habitaba en tinieblas vio gran luz...” ¿Qué es esa Luz? Cristo. Él es la Luz. No es una cosa; es Cristo. El día amanece. La Luz aparece y crece más y más brillante, y nuestros corazones son establecidos en la realidad del Cristo resucitado. (Proverbios 4:18) Y caminamos en la Luz como Él está en la Luz. (Juan 1:7)**

**Habitábamos en tinieblas, ignorantes de esta Vida, pero ahora la Luz ha amanecido; y mantenemos en pie y caminamos en el conocimiento del Cristo que nos habita. Caminamos en la Luz. Esta revelación de Cristo no es solamente para unos pocos elegidos o especiales. Hay Uno que es especial; no es tú ni yo, pero Él está en ti y en mí.**

**El Señor está hablando Su mente y Su corazón a nosotros. Su mente es Su propósito eterno. Su corazón es Su propósito eterno. Ahora, alguien que está ciego, en que Cristo aun no es revelado, tiene el entendimiento de un niño por el velo que cubre su corazón. Todavía ve al hombre de Adán y cosas que relacionan a ese hombre. Pero el hombre de Adán es crucificado y sepultado**



nunca para ver otra vez, nunca. Cristo en la cruz en Su propio cuerpo mató y sepultó a ese hombre. Es sepultado, y Dios no lo ve, ¿pero lo vemos? ¿Es sepultado en los ojos de nuestro corazón? ¿A quién vemos? Es el hombre natural o el Cristo resucitado de Dios? ¿Vemos este cadáver o este Hombre viviente? “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado.” (Lucas 24:5-6) No busquen allí. Pero vamos a buscar allí hasta que este Hombre, el Cristo resucitado de Dios, sea revelado en nuestros corazones.

Ahora, miremos Colosenses 1:26, “...el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a Sus santos.” ¿Quiénes son los santos? Los que nacen de nuevo. El misterio hablado de en este versículo ha sido escondido desde la edad de Adán, antes de la cruz. Antes de Cristo crucificado había una edad. Se llama la edad de la carne, el cuerpo del pecado y muerte. ¿Recuerdan lo que dijo Pablo en Romanos 7:24? “¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?” ¿Quién me libraré de esta edad? La visión de Pablo (su mente y donde habitó en su corazón) se basaba en ver al hombre de Adán. Por eso, Pablo preguntó, “¿Quién me libraré?” La respuesta es simple, “¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro! Así que, yo mismo con la mente sirvo a la Ley de Dios, pero con la carne, a la Ley del pecado...porque la Ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la Ley del pecado y de la muerte.” (Romanos 7:25, 8:2)

Ahora, en ese tiempo de frustración, Pablo era un “niño.” Era ciego; el velo cubrió su corazón. Cuando Cristo fue revelado en Pablo, Pablo fue un hombre sin velo sobre su rostro. Pero en 1 Corintios 13:9-10, Él describe lo que pasó, “En parte conocemos y en parte profetizamos; pero cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; pero cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño.” “Parte” significa un fragmento, no todo. El Cristo resucitado y glorificado es el todo, el total del corazón y pensamiento de Dios el Padre. Cristo no está en parte; las cosas están en partes, por ejemplo, justicia, amor, el reino de Dios. Estas cosas están en parte. Este Hombre más excelente es el todo, la substancia. Él no está en parte. ¿Qué es lo que es perfecto? ¡Cristo!

En el diagrama del propósito eterno de Dios tenemos el Padre que tiene una Simiente perfecta, Jesús de Nazaret. Esa Simiente tiene la muerte, sepultura y

resurrección (plenitud, incremento) perfecta. 1 Corintios 13:11, *“Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; pero cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño.”* Podemos ver que todo lo que Pablo pensaba, sabía, y hacía antes de que Cristo fuera revelado en él, era como un niño (ciego). El versículo debe decir, “dejé al niño.” Entonces, cuando Cristo fue revelado en Pablo, cuando Pablo llegó a ser un hombre, el niño fue desechado. Más claramente, *“Yo fui desechado.”* ¿Cuándo y dónde fue desechado? El niño fue desechado en la cruz.

Podemos ver esta misma realidad con Jacob. Sabemos que la naturaleza de Jacob no era así como la naturaleza de su padre Isaac. Jacob continuamente manipulaba situaciones para beneficiarse y sacar provecho para sí mismo. ¿Es ese un ejemplo bueno de la naturaleza y carácter de Isaac, su padre? No, esta es la razón que el Señor no podía hablar a Jacob (que representa al niño). El Señor nunca dijo a Jacob, “Fructifica y multiplica.” Después del Señor cambió su nombre a Israel, Él habla de fructificar y multiplicar porque Israel es un tipo del incremento y provecho, el Cristo resucitado. ¿Cómo es que Jacob viene de Jacob a Israel? Jacob luchó con Dios. Génesis 32:30, *“Jacob llamó Peniel a aquel lugar, porque dijo: ‘Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma.’”* La palabra “librada” puede significar “preservada” también. Entonces, lo que pensaba que era mi vida fue quitada. ¿Quién permanece? Mi Vida permanece, no yo sino Cristo. Cristo permanece.

El cuerpo de pecado y muerte es una edad. Es la edad de la carne. Nosotros que nacimos de nuevo estamos en la edad del Espíritu, el Espíritu de la vida en Cristo. ¿Son todas las personas en el mundo salvas? No, pero nosotros que hemos recibido a Cristo hemos llegado a la edad de la Vida, la edad de Cristo. Los que no nacen de nuevo no han llegado a esa edad. En diferentes tiempos diferentes personas pueden experimentar nacimiento nuevo. Es diferente para cada persona. Ahora, hay unas personas que nacieron de nuevo que se portan como si vivan en la edad de la carne porque no han visto la edad (Cristo) en que les han sido traídas a raíz de nacimiento nuevo.

Leemos sobre esto en Romanos 7:24-8:2, *“¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro! Así que, yo mismo con la mente sirvo a la Ley de Dios, pero con la carne, a la Ley del pecado. Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu, porque la Ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la Ley del pecado y de la muerte.”* Entonces hay la edad de la carne (el cuerpo de pecado y muerte) y la edad del Espíritu de vida en Cristo Jesús. Así como en

diferentes tiempos unos pueden nacer de nuevo; es igual que ellos pueden experimentar que el Padre revele al Cristo en que les habita.

Ahora el entendimiento de alguien en que Cristo aun no es revelado es tinieblas porque no ha visto a este Hombre perfecto. Esa persona es un niño. Realmente está en la edad del Espíritu de vida en Cristo, pero en su entendimiento todavía piensa que está en la edad de la carne. (En el diagrama el cuadro con rayas representa ese entendimiento en que Cristo aun no es revelado.) Pero ¿qué es lo que Dios entiende? Él sabe la verdad.

¿Cómo es que “el niño” viene de ese entendimiento al entendimiento del Hijo de Dios? Solamente por la revelación del Cristo que nos habita. Es el mismo que el nacimiento nuevo; es el milagro de Dios. No podemos hacer nada. Ni yo ni cualquier predicador puede hacer esto para mí o para ti. Con lo que escuchamos y en que el Espíritu del Señor está moviendo, solamente podemos colocar nuestros corazones para convertir. El Señor quiere traernos de las cosas a Cristo (la substancia), desde nuestra visión a Su visión para que caminemos en la Luz como Él está en la Luz.

Hermanos y hermanas, si Cristo no sea revelado, si el día (Cristo) no ha amanecido en nuestros corazones, estamos ciegos. Los ojos de nuestro corazón no son alumbrados. (Efesios 1:18) Vemos con los ojos naturales, y tenemos la visión corta. Solamente podemos ver nosotros mismos. No es la intención de Dios. La intención de Dios es Su Hijo. ¿Qué es lo que Dios quiere para nosotros? Su Hijo. No va a cambiar. Lo que Dios quiere para nosotros, nos ha dado en nacimiento nuevo. Él no tiene nada más; no tiene una cosa. Tiene Su Hijo. No va a dar algo menos; no va a revelar nada menos. Si estamos ciegos, así como los en Hechos 17:26-27, tenemos que buscar al Señor y palpar en tinieblas hasta que Lo encontremos. *“De una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos y los límites de su habitación, para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarlo, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros...”* “Palpar” significa tocar, a tientas, buscar en la oscuridad así como un ciego. Significa buscar ciegamente en tinieblas intelectuales sin un guía o modo del conocimiento. El libro de Hechos describe a ellos que se sientan en tinieblas.

El Cristo resucitado es la visión de Dios. El siempre ha sido Su vista. Cuando nacimos de nuevo, Dios nos dio Su visión. No nos dio nada más ni nada menos. El dilema es que no conocemos al Uno que Dios nos ha dado. No

conocemos este Hijo resucitado y glorificado. En Hebreos 9:28 hay una promesa hermosa. Si tú estás cansado de cosas y estás convirtiendo a Cristo, esta es una promesa hermosa para ti. “...*así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez (la palabra ‘vez’ no está en lo original) sin relación con el pecado, para salvar a los que Lo esperan.*” Si Lo esperamos, a los que quieren ver a Él. Estamos de acuerdo con Dios porque esto es lo que Él quiere. Si pedimos según Su voluntad, el Señor nos escucha. (1 Juan 5:14-15) El Cristo resucitado y glorificado es Su voluntad. Pablo dijo, “*Pero cuando agradó a Dios... revelar a Su Hijo en mí...*” (Gálatas 1:15-16) A ellos que buscan a Él, Él va a aparecer. Cuando Él aparezca, actualmente vivimos en esa revelación. Continuamos así como Abraham, Ezequiel y todos los otros viendo la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo. Cuando Pablo dijo, “*Pero cuando agradó a Dios... revelar a Su Hijo en mí...*” ¿qué es lo que hizo? Él predicaba a Cristo, nada menos. Él sabía nada menos. No quería una cosa menos.

## 6. La Revelación de Cristo

Es un gozo estar aquí para experimentar compartir Cristo con ustedes que están buscando al Señor, que quieren verlo a Él. La Escritura dice en Hebreos 12:2, “...puestos los ojos en Jesús, el Autor y Consumador de la fe...” Es correcto en español decir “*la fe*.” (En mi Biblia inglés dice “*nuestra fe*.”) La palabra original es “la” porque apunta a Cristo. Pablo habla de la fe de Jesucristo; vivimos por Su fe.

Este diagrama muestra mi experiencia con los tratos del Señor en mi vida. Yo vine al Señor; tuve una experiencia de salvación muy grande. Amaba a Dios, pero vino un tiempo por situaciones y circunstancias que el Señor me puso en un lugar para traerme a Sí Mismo, para revelar a Sí Mismo en mí. Yo creo que eso pasa a todos en Cristo. Este diagrama muestra la revelación de Jesucristo en Pablo y lo que significó a Él. En Gálatas 1:11-16 Pablo habla acerca de la revelación, “*Pero os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí no es invención humana, pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo. Ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios y la asolaba. En el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres. Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por Su gracia, revelar a Su Hijo en mí, para que yo lo predicara entre los gentiles, no me apresuré a consultar con carne y sangre.*” He notado en las epístolas de Pablo que no hablaba acerca de su experiencia con Dios de salvación. Esa experiencia se describe en el libro de Hechos cuando montaba un caballo y tenía una confrontación con Jesucristo, el Hijo de Dios. Dios lo tiró abajo, y Pablo estaba ciego por el resplandor de la luz. Pablo dijo, “*¿Quién eres, Señor? Y le dijo: ‘Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón.’*” (Hechos 9:5) Suponemos que

Pablo hubiera mencionado esa experiencia en sus epístolas por lo menos una vez.

Si nosotros hubiéramos tenido esa experiencia de salvación, probablemente nos pondríamos de pie en cada reunión y diríamos, “Jesús me tiró de mi caballo, y me caí en la tierra. Jesús me quedó ciego, pero luego, recibí mi vista.” ¡Hablaríamos mucho de eso! Pero Pablo en sus epístolas no lo menciona. Lo que menciona una y otra vez es “Cristo revelado en mí, Cristo revelado en ti.” Él lo repite muchísimas veces. La realidad de Cristo revelado en él es el fundamento de su relación con Dios. Podemos pensar que el fundamento de su relación con Dios era que Dios lo tiró del caballo, pero Dios lo tiró del caballo para una razón. Había una vez, todos montábamos “nuestros caballos.” Yo tenía un “buen caballo.” Tal vez, tú tenías un “buen caballo” también. Dios lo sacó. ¡Dios sacó al caballo y al jinete!

Nacemos de nuevo, pero entonces preguntamos ¿por qué? ¿De qué trata todo de esto? ¿Por qué me tiró de “mi caballo?” Yo tuve un encuentro con Cristo. No tuve un encuentro con hombre; tuve un encuentro con Él. Sabía que era Él. Nadie tenía que decirme, “Ese era Jesús.” Estaba en un lugar, y todo era tinieblas. Todo lo que vi era fuego. Estaba totalmente muerto en el interior. Me metí en esa situación, y no podía salir. Por la gracia de Dios, en desesperación, me volvía hacia la Biblia porque en mi corazón buscaba el propósito de mi existencia. Llegué a una calle sin salida. Pregunté, “¿Por qué existe todo de esto?” Mi hermano tuvo una Biblia cerca de su cama. Busqué en Juan 15 donde Jesús dice, “*Yo soy la vid verdadera...*” Había buscado la verdad por mucho tiempo. Estas palabras vinieron a mí, “Yo soy la vid verdadera, estúpido. Yo estaba aquí todo el tiempo; nada más tú no veías.” Buscaba en todos los lugares equivocados tratando buscar la cosa más importante, el cimiento del universo. ¡Era Jesús; era Cristo! Estaba ciego, pero Él dijo, “*Yo soy la vid verdadera...*”

Continué leer, y Él dijo, “*Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado.*” Yo no tenía idea del significado de eso, pero creía que Él era la vid verdadera. Él era Lo que yo buscaba todo ese tiempo. En Versículo 5 dice, “*Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en Mí y Yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de Mí nada podéis hacer.*” Todos los días Él me recuerda de eso. En ese momento, pensé, “Yo no he logrado nada. Estoy aquí en estas tinieblas; todo lo que veo es fuego. ¡Estoy muerto, muerto, muerto! No sé como salirme.” Cada vez que pensé un pensamiento para salirme, mi pensamiento se cambió en fuego. Por eso, yo corrí a la Biblia porque yo sabía que no había una respuesta en cualquier lugar para esa

situación. Sabía que nadie podía ayudarme. Nadie es mayor que el fuego; nadie es mayor que las tinieblas; nadie es mayor que la muerte. ¿Quién sabe que es? Yo no sé nadie. Pensé en mis padres, pero ellos no podían tratar con eso.

El Señor me permitió volver hacia Él en ese tiempo. Entonces Jesús dice, *“Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, los echan en el fuego y arden.”* (Juan 15:4 y 6) Después de leer eso, ¡de repente, vino Luz y Vida! Las tinieblas y la muerte desaparecieron. Jesús es la Luz y la Vida. Es el Único que es la Luz y la Vida, y donde Él está no hay tinieblas ni muerte. Salí de esa situación con la comprensión, “¡Este es Jesús!” Esa es la manera en que Dios me tiró de “mi caballo.” Entonces, quería ganar el mundo para Jesucristo. Tenía mucho celo para Dios. ¡Amaba a Dios! Sin Él, no tenía esperanza. Ahora, había encontrado Luz y Vida, y quería compartirlas con la gente. Pero el Señor sabía que necesitaba más que eso. Necesitaba a Cristo revelado en mí.

No importa tan grande la experiencia de salvación; no era bastante. Necesitaba tener Cristo revelado en mí. Pero determiné servir al Señor. El Señor me puso en un lugar bastante difícil. El Señor me puso con una viejita. Ella vino de la escuela bíblica de Berea en Dallas, Tejas. Él me puso con ella. No sabía en ese tiempo que era para revelar a Su Hijo en mí. No sabía el porqué que estaba allí. Pues, amaba al Señor muchísimo, y durante los primero cinco años, el celo para Dios me guardaba. Pero después de diez años, estaba cansado de servir a Dios. Sabía lo que Él quería, pero no quería hacerlo. Quería salir porque la comunión que tuve era simplemente con ella. Yo quería ver muchas personas, ir a una “iglesia,” y tener una situación normal. Sin embargo, el Señor me quedó allí. Me enojó con Dios y la señora. Sabía que Dios quería que me quedara allí, y no podía salir. Tenía mucha frustración.

No solamente eso, yo había dado todo, y yo había hecho todo que se puede hacer; todavía me sentía condenado. No estaba haciendo suficiente. El Señor me había traído a un lugar donde yo estaba listo para ver a Él como mi Vida. Me cansé de hacer cosas para Dios. En ese tiempo Hermano Luman envió una revista llamada “Contraste.” Me estaba tendido en el suelo, y abrí la revista. Hermano Luman había escrito este artículo, “Contemplan Lo Que Dios Ha Hecho en Cristo.” Toda mi experiencia cristiana hasta ese punto era “yo viviendo para Jesús.” Yo trataba complacer a Dios, y yo había hecho todo lo que podía hacer, pero mi salvación estaba centrada en mí haciendo algo

para Dios. Dios quería que mi relación con Él fuera totalmente Cristo. Cuando yo leí ese artículo, descubrí que Dios no me quería; quería a Cristo. Cristo era el Uno que Dios quería.

Ese artículo me decía algo que yo recuerdo de vez en cuando. En ese tiempo en mi vida, estaba en una situación muy mala. No podía funcionar más como un cristiano. Hermano Luman dijo esto, “Cuando yo miro a Jesucristo, no me veo a mí mismo como justo y santo. Me veo muerto, crucificado con Cristo, y Cristo en mí es hecho todo lo que Él es.” Cristo en mí es hecho por Dios todo lo que yo nunca puedo ser en la carne. Él en mí es hecho toda mi relación con Dios. Mi relación con Dios es “no yo sino Cristo.” Cuando “soy yo” como mi relación con Dios, esa relación cambia cada minuto. Un minuto soy bueno; el próximo minuto soy malo. Un minuto me siento “uno” con Dios; el próximo minuto no estoy seguro de mi relación con Dios. La cruz viene; Cristo crucificado viene para que nunca tengamos una duda acerca de nuestra relación con Dios. Eso es lo que la cruz hace.

Eso es lo que la revelación de Jesucristo hace. La revelación de Jesucristo nos saca de nuestra relación con Dios y hace nuestra relación con Dios solamente Cristo y Él crucificado. Es una relación de descanso. Cuando era yo, estaba bajo la Ley. Leímos en Gálatas 1 donde Pablo habla de Cristo revelado en él. Entonces Pablo dice en Gálatas 2:20, “*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí Mismo por mí.*” ¡Qué libertad! Él se entregó a Sí Mismo para ti y para mí para que nuestra relación con Dios no fuera nosotros mismos sino Él. ¡La cruz es muy poderosa! Vamos a Mateo 11. Yo sé todo lo de Mateo 11 especialmente la parte acerca de “*todos los que estáis trabajados y cargados.*” Yo entiendo esa parte. Mateo 11:27-30, “*Todas las cosas me fueron entregadas por Mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad Mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque Mi yugo es fácil y ligera Mi carga.*” Fíjense en Versículo 27 en que Jesús habla de una relación perfecta con el Padre. Jesús tiene esta relación perfecta con Dios. No hombre jamás tenía una relación perfecta con Dios.

La Escritura dice que Jesús vino del seno del Padre, del ser de Dios. Cristo Mismo está diciendo, “Yo conozco al Padre, y el Padre conoce a Mí. Tengo esta relación perfecta.” Él está declarando esto a la gente que había sido



trabajando bajo la Ley. Había sido bajo la Ley, los diez mandamientos y todas las doctrinas y ceremonias del antiguo pacto. Había sido trabajando muy duro para “ir al cielo.” Había sido dando sacrificios bajo la Ley. Bajo la Ley somos “*cargados*.” Después de nací de nuevo, estaba trabajando con todo mi corazón para ir al cielo. Yo trataba de complacer Dios; yo hacía todo lo que podía hacer, pero estaba cargado. Un día hice bien, y fui justo en mis ojos propios. ¡Ve a mí! El próximo día, hice muy mal; no podía hacer nada. Entonces, me sentí condenado. Así me pasó por diez años. Estaba cansado; estaba agotado y cargado. Estaba bajo la Ley. Hebreos 7:19 dice, “...*pues la Ley nada perfeccionó-- y se introduce una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios.*” Cristo es esa “*esperanza*” que nos trae a Dios.

Otra vez en Mateo 11:28 Jesús dice, “*Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados (tratando de obtener esta relación con Dios), y Yo os haré descansar.*” “Los traeré a ustedes dentro de Mi relación con Dios. Yo la tengo; es Mía, y es perfecta. Vengan a Mí, y los traeré dentro de ese descanso donde pueden ser uno con el Padre ahora así como Yo soy uno con el Padre ahora.” ¡Aleluya! ¡Eso significaba muchísimo para mí! Eso es lo que significa este diagrama. Esta es la gran libertad de que Pablo hablaba. No soy yo, sino Cristo como mi relación con el Padre. ¿Tiene Jesús una relación con el Padre? ¡Absolutamente! Cuando leemos las Escrituras, una cosa que vemos es que Jesús es uno con Dios. Él dice en Juan 14:6, “*Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por Mí.*” Él dice, “*¡Soy todo eso!*” Él va a traernos dentro de ese descanso. Hemos tratado de llegar a esta relación en nosotros mismos, pero Jesús dice, “Los traeré allí ahora.”

Mateo 11:29, “*Llevad Mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas...*” Nos trae dentro de esta relación de descanso con Su Padre. Es la revelación de Jesucristo que llena nuestra alma con la luz del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo. Es mayor que caer de un caballo. Estaba preguntando, “¿Por qué Dios me tiró del caballo?” En ese artículo cuando yo vi esta realidad por la primera vez, supe, “¡Para esto he estado en esta casa por diez años!” Por la primera vez, supe el porqué yo estaba allí con esa viejita apartado de todo. Necesitaba que Cristo fuera revelado en mí. Necesitaba ver a Cristo. Todavía me siento así como un niño; todavía necesito ver a Cristo. Me encanta venir aquí (Monterrey). Me encanta compartir a Cristo donde no es yo sino Cristo. Tiene que ser en esa manera.

Ese es el amor de Dios. Esforzamos mucho porque Lo amamos, pero Él espera hasta que estemos listos para verlo a Él.

¿Estamos listos para recibir Su plenitud? A veces pensamos que solamente recibimos una pequeña parte de Jesús, pero en Juan 1:16, *“De Su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia...”* Cuando tú recibas a Cristo, recibes la plenitud de Cristo. No solamente recibimos un poquito de Jesús. No solamente son perdonados nuestros pecados. Hemos venido al Uno, al Único en el universo que cuenta en lo que respecta a Dios. A veces yo digo, “Tú has recibido la lotería de Dios cuando tú vengas a Cristo.” Hemos recibido la plenitud de Cristo, mucho más que solamente perdón de pecados. Nos trae dentro de Su relación con Dios, en Resurrección y Vida. ¿Qué es Su plenitud? “Dios es Mi Padre; soy Uno con Dios.” ¿Qué debe Su cuerpo (en que Él mora) experimentar? ¿Con qué debe Su cuerpo ser llenado? *“...toda la plenitud de Dios.”* Efesios 3:19, *“...y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.”* Cristo revelado en nosotros *“...excede a todo conocimiento...”* Esta es la buena voluntad de Dios. A veces preguntamos, “¿En que tiene placer Dios?” La revelación de Su Hijo agrada a Dios.

Pablo dijo en Gálatas 1:15-16, *“Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por Su gracia, revelar a Su Hijo en mí, para que yo Lo predicara entre los gentiles, no me apresuré a consultar con carne y sangre.”* Eso es lo que la revelación hace. No soy yo; no es mi experiencia de salvación. Es Cristo revelado en mí que hace toda la diferencia. Me quedó con la viejita por cinco años más hasta que ella murió. La única manera por la cual podía quedarme allí era “no yo sino Cristo.” Cuando no me quedaba en ese entendimiento, todo deshizo. Cuando yo continuaba en ese entendimiento, todo era maravilloso. Ahora supe el porqué yo estaba con ella. Antes, yo preguntaba, “¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué me salvó Dios? ¿Cuál es el propósito de Dios para mi vida?” Dios creó a un alma, y quiere llenar esa alma con Su Hijo. En llenar esa alma con Su Hijo, esa alma debe experimentar al Hijo revelado y llegar a conocer Su propia relación con Dios. Es una relación de paz; es una relación de descanso; es una relación de amor. Eso es lo que Dios quiere. Eso es lo que Dios busca. No busca trabajos grandes. Él quiere revelar a Su Hijo en nosotros para que nuestra alma pueda experimentar Su relación con Su Padre. ¡Qué paz!

Gracias, Señor, por Tu bendición en este tiempo. Revela a Tu Hijo en nosotros para que no concentremos en efectos sino que nuestros corazones

**experimenten la causa - Cristo revelado en nosotros. Llena nuestras almas.  
Oro que permanezcamos en la fuente de nuestra vida que es Cristo. Amén**

**(Monterrey, México  
Marzo, 2008)**